

Selección TERROR

CUANDO TIEMBLAN LOS CIPRESES

Curtis Garland

CUANDO TIEMBLAN LOS CIPRESES

CURTIS GARLAND

Colección
SELECCION TERROR n.° 515
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84 02-023064
Depósito legal: B. 38.313-1982
Impreso en España Printed in Spain
1ª edición: enero, 1983
2ª edición en América: julio, 1983

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés N
152. Km 21.6501 Barcelona 1983

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

510 — *Granja de malditos.* Ralph Barby
511 — *El final del laberinto.* Clark Carrados
512 — *El amigo de tas culebras.* Joseph Berna
513 — *Hablaba desde el Más Allá.* Ada Goretti
514 — *La muerte gris.* Burton Hare


SELECCION
TERROR

PROLOGO UNO

1930

Habían llegado. Y lo sabían.

La mujer miró al hombre. Y él a ella. Los ojos de ambos reflejaban una expresión parecida. Había en ella una mezcla de temor y de alivio, de esperanza y de preocupación.

—¿Crees que es aquí? —murmuró ella, dubitativa.

—Sí, hija —afirmó él, rotundo—. Estoy seguro. Todo coincide.

Ella no dijo nada. Se limitó a mirar, con gesto impresionado, la enorme mole que se recortaba contra el cielo rojizo, en el frío y ventoso atardecer. Algunos jirones de nubes plomizas, en la distancia, no permitían esperar la llegada de una noche demasiado apacible.

—No queda mucho de luz del día —apuntó ella.

—No la hay —convino él gravemente, arrugando el ceño. Bajo las espesas cejas canosas, brillaron las pupilas inquietas y astutas. Tosió, expeliendo un fuerte vaho a causa del gélido clima de las montañas—. Tendremos que apresurarnos. No me gustaría que la noche nos sorprendiera aquí.

La joven afirmó con la cabeza. Era realmente muy joven, tal vez demasiado para algo como lo que iba a hacer en colaboración con su padre. Pero su gesto no revelaba indecisión ni miedo alguno.

—¿Será esa la entrada? —dudó ella, señalando hacia un portón situado en la muralla de piedra vieja y negruzca del viejo castillo en ruinas que erguía sus almenas y sus torres sombrías, recortándolas contra el cielo escarlata.

—Al menos, es una entrada. Posiblemente sirvió en tiempos para el servicio. Va sabes: carros con provisiones, carbón o leña y todo eso. La entrada principal debe hallarse al otro lado. Pero el puente lleva años derruido, y sería peligroso correr un riesgo semejante. El sendero resulta inaccesible de todo punto, a menos que demos un rodeo por unos vericuetos que nos llevarían horas y horas salvar, aun en el supuesto de que lo lográramos. El castillo, después de todo, está en muy malas condiciones, totalmente abandonado hace años y años.

—Pero ¿crees que será... el que buscamos?

—Estoy seguro —afirmó rotundamente el padre, observando las águilas de piedra y las gárgolas del muro, recortándose contra el rojo atardecer—. Vamos ya, Irish. Nos queda poco tiempo, como bien dijiste.

—Y si todo fuera cierto y... y *él* estuviera ahí dentro...

El hombre dirigió una rápida ojeada a su hija, como reprochándole ese gesto de debilidad. Ella enmudeció. Los ojos de su padre se entornaron. Luego sonrió, meneando la cabeza.

—Eso, no podemos saberlo. Pero si no hemos seguido una pista falsa, *tiene* que estar ahí. Y algo me dice que así es, querida. Sin embargo, nada temas. Vamos bien provistos contra el —concluyó, mostrando significativamente su pesada maleta de color negro.

Ambos cruzaron el umbral del viejo portón de servicio, por el que llegaron a un amplio patio donde crecían abundantes hierbas silvestres entre las juntas de las piedras de su pavimento antiguo y abandonado. Los muros estaban semiderruidos y una pared del castillo les mostró sus ventanas ojivales, de vidrieras emplomadas, en su mayoría hechas añicos y cubiertas lastimosamente de polvo de años enteros, acaso de lustros o décadas.

—Dios mío —murmuró la joven con cierto tono de sobrecogimiento en la voz—. Pensar que, tal vez en otros tiempos, hace sólo cuarenta años o algo más... gentes que tan bien hemos conocido sin verlas jamás personalmente, pudieron entrar por esa misma puerta, pisar estas losas, este castillo ahora casi derruido y olvidado entre estas montañas...

—No del todo olvidado, como habrás advertido en el pueblo —señaló sombríamente su padre, caminando junto a ella con paso firme y mirada resuelta—. Muchas fueron las personas que nos hablaron de este castillo... y de su antiguo ocupante.

—Sí, lo sé —se estremeció la joven, mirando aprensivamente a las ventanas desiertas y oscuras, mientras una ráfaga de aire helado agitaba su falda y casi le arrancaba de la pelirroja cabecita el gracioso sombrerito prendido con el alfiler de las tres perlas.

No volvieron a hablar hasta llegar ante unos escalones descendentes, que iban a parar a un desnivel, al fondo del patio, en cuyo sombrío fondo arrinconado se distinguía una puerta de recia madera claveteada. El óxido cubría los clavos y la cerradura de aquel acceso visiblemente.

—¿Será esa., la cripta? —musitó Irish, preocupada.

—No lo creo —sonrió su padre, sin que sus ojos lo hicieran al mismo tiempo que sus labios—. Sería demasiado sencillo todo, querida. Tal vez sea el acceso a las dependencias del antiguo servicio, simplemente. Probemos de todos modos.

No les costó mucho esfuerzo desgajar la cerradura, que se

arrancó fácilmente, con residuos de madera astillada y podrida, a la que la carcoma había quitado todo vestigio de resistencia y solidez.

El estruendo producido por la fractura de la puerta, sobresaltó ligeramente a padre e hija. Se miraron ambos, indecisos durante unos momentos.

—Tal vez haya podido oírse desde dentro... —susurró ella, alarmada.

—No, imposible —rechazó su padre—. Este castillo está vacío. No hay ser viviente alguno en él. Y *quién* hubiera podido oírlo... no creo que ahora esté en condiciones de hacerlo. Todavía, no...

Siguieron adelante. Como bien imaginaba el hombre, hallaron en una amplia cocina donde el polvo y las telarañas se enseñoreaban de todo, desde el fogón hasta la larga mesa de madera a tablas, pasando por la leñera y la despensa. Unas ratas se alejaron velozmente cuando una rendija de luz llegó hasta ellas y las pisadas de los intrusos rompieron su calma de años.

La valerosa muchacha pelirroja, cuya edad no excedería sin duda de los dieciocho años, empuñaba en estos momentos un pequeño revólver. Su padre meneó la cabeza, con gesto indulgente.

—No creo que necesites utilizarlo. Esas ratas huyen asustadas de nuestra presencia. Y habrá tantas aquí, sin duda, que necesitaríamos un regimiento de fusileros para alcanzarlas a todas. En cuanto a otra clase de enemigos... mucho me temo, querida Irish, que aquel a quien pudieras disparar una bala, no sufriría demasiado con ella en su cuerpo... No son esa clase de armas las que sirven ahora para salir con bien, créeme.

—No pude evitarlo, papá —se excusó la muchacha.

—Lo comprendo. No resulta fácil amoldarse a circunstancias como éstas. Lo cierto es que debiste quedarte en Londres, en vez de seguirme en esta locura.

—Ya hablamos muchas veces de eso. Y llegamos a un acuerdo, ¿no? Tengo edad suficiente para afrontar hechos como éste.

—Pero eres una mujer...

—Recuerda lo que pienso sobre eso: la mujer es capaz de llegar tan lejos como el que más, sin distinción de sexos.

—Oh, claro, el eterno feminismo —suspiró su padre—. Olvidaba todas esas cosas que decís las mujeres de hoy. Todos somos iguales...

—No lo dudes, papá. Te lo voy a demostrar en todo momento.

—Está bien, no perdamos tiempo en discusiones de esas. Veamos lo que hay, aparte de esta cocina...

Hallaron alojamientos, reservados sin duda alguna en su momento a la servidumbre del amo y señor del castillo. Luego, un corredor les llevó a un amplio vestíbulo del que partía una escalera ascendente, majestuosa y amplia, en dirección a las plantas altas del

castillo. Acá y allá, fragmentos de musgos y techos se habían desmoronado, dejando enormes boquetes abiertos al exterior, por los que entraba el duro cierzo y el intenso frío del paraje.

—Allá arriba no se nos ha perdido nada, Irish —manifestó con energía el hombre—. Tenemos que mirar a*rriba.* Ha de haber en alguna parte un acceso a los sótanos del castillo, estoy seguro.

Recorrieron inútilmente durante largo espacio de tiempo el vestíbulo, sin dar con dicha entrada. Una puerta, bajo la gran escalera, resultó asomar simplemente a un pequeño sotabanco, una especie de armario para guardar viejos útiles.

—Mira, papá —señaló Irish, inquieta—. El sol. Está bajando deprisa...

Su padre ojeó preocupado el curso del astro del día, a través de un enorme boquete en la bóveda del castillo ruinoso. Asintió, mordiéndose el labio inferior.

—No me gustaría tener que marcharme de aquí sin llegar hasta donde me proponía — comentó, sombrío—. Espera. Tengo una idea...

Dirigió sus largos y pesados pasos hacia un pequeño patio ajardinado, visible al fondo del vestíbulo castellano, allí donde unas grandes vidrieras habían desaparecido tiempo atrás, dejando sólo una serie de aberturas por las que se filtraba un frío insoportable.

Pisó el suelo, virtualmente cubierto de césped y abrojos, y su hija le siguió. Él se inclinó, arrancando las hierbas salvajes a puñados. Señaló algo en el suelo.

—Mira. Una vieja lápida. Aquí fue sepultado alguien, tiempo atrás...

Limpió de polvo y tierra el suelo, y unas letras fueron visibles en la piedra aunque no era totalmente legible la inscripción:

IL...KA VROLOK FALLE...A E... 182...

Nada más. Si había habido alguna vez una cruz o una inscripción religiosa, el tiempo o una mano lo había borrado de la losa blancuzca. Ambos creyeron advertir huellas de raspados en la piedra, pero tantos años después, no había nada seguro.

—Es una simple sepultura de principios de siglo. Data de hace más de cien años, Irish.

Una mujer, sin duda. Podría ser Ilonka su nombre. Si: Ilonka Vrolok, casi seguro. Murió en la segunda década del siglo XIX. No, no es eso lo que buscamos.

—¿Has notado el apellido de quien yace ahí? —preguntó Irish, inquieta—. Vrolok.

—Por supuesto. ¿Te refieres a su significado en eslovaco?

—Sí, claro.

—Es lo mismo que *vlkoslak* en servio: hombre-lobo… o vampiro.

Ella se estremeció, claramente. Miró la losa, pensativa, mientras su padre recorría, obstinado, el angosto rectángulo del pequeño y viejo jardín, hoy pasto de la vegetación silvestre.

—¡Aquí! —exclamó de pronto con mal contenida excitación la voz varonil—, ¡Creo que *lo he hallado,* Irish! ¡Ven, pronto!

Ella volvió la cabeza, corriendo a su lado. Miró a donde señalaba su padre. No pudo contener una exclamación.

—Una puerta…

—Sí. Una puerta a algún sitio emplazado *bajo* este patio —asintió él, con los ojos centelleantes—. Es preciso comprobarlo cuanto antes…

De nuevo un par de escalones de piedra descendían a un desnivel donde se abría esa nueva puerta de recia madera, provista de una pesada aldaba.

—No parece la entrada a una cripta… —dudó ella—. Un recinto funerario no necesita aldaba.

—Pero *él* no se encerraría en una cripta vulgar, Irish. Preferiría algo distinto, de lo que nadie recelara… Por ejemplo, ese lugar. Con su aldaba para llamar. Hemos de entrar ahí.

Estoy seguro de que lo hemos encontrado.

Probó a forzar la cerradura. Esta vez la cosa no fue tan simple. La madera resistió. El metal oxidado, también. Crujió la recia plancha de roble, pero eso fue todo. Ambos se miraron, defraudados.

—Será preciso recurrir a tus métodos, hija —suspiró el padre. Vamos, hazlo a tu modo. Tal vez tuviste razón al traerte ese chisme contigo…

Irish no comentó nada. Extrajo su revólver calibre 32. Lo aplicó a la cerradura y desvió ligeramente la cabeza. Apretó el gatillo tres veces, antes de que la cerradura saltara en pedazos, reventada a balazo limpio.

Dentro del tétrico patio y del recinto todo, ruinoso y sombrío, los estampidos del arma de fuego resonaron agria, lúgubremente, con ecos cada vez más distantes.

El hombre cargó contra la puerta. Esta cedió, con un crujido largo y lastimoso, al tiempo que los goznes chirriaban con acritud al ir cediendo. Un interior lóbrego, oscuro y con fuerte hedor a humedad, apareció ante ellos, nada acogedor.

—Vamos allá —invitó él—. Ha llegado la hora, lo presiento.

—Deprisa, papá —le alentó ella—. El sol está cada vez más bajo… La noche se nos viene encima.

Asintió él, abriendo su maleta. Extrajo varios objetos de ella. Inicialmente, una lámpara eléctrica, que sujetó con una mano, encendiéndola y proyectando un haz de luz en el interior del recinto. En su otra mano, sujetó dos objetos que hubieran resultado extraños e

incomprensibles a cualquiera que no conociese el exacto sentido de aquella misteriosa excursión a un lugar tan recóndito y desolado.

Penetraron padre e hija en el reino de tinieblas que había más allá de la puerta descerrajada. La luz de la linterna fue alumbrando, y espesas telarañas pendían, como grisáceas y tristes cortinas, de paredes, muebles carcomidos e incluso de un par de viejos candelabros de bronce donde aún eran visibles dos cabos de vela con gruesos goterones de cera derretida, y totalmente cubiertos de polvo.

Por fin, el rayo de luz se posó en un objeto concreto, situado en medio de la semidesnuda pieza lóbrega.

Un ataúd.

La larga, oblonga caja negra, lustrosa y artísticamente labrada, no mostraba, sorprendentemente, la menor señal de humedad o abandono en su superficie de cara madera. Hacia aquel objeto macabro avanzaron resueltamente los dos visitantes de la tarde, tras intercambiar entre sí una mirada significativa.

Estaban tensos por la excitación, pálidos por una emoción indescriptible y profunda, que les embargaba desde que el haz de luz eléctrica de la linterna reveló la presencia de la caja fúnebre en medio de la estancia.

Llegaron ante ella. Estaba tapada, pero no se advertía presencia alguna de crucifijo en su superficie. La joven, instintivamente, amartilló su revólver. Allá fuera, la luz del día se diluía rápidamente en sombras oscuras, anunciando la caída del sol tras el horizonte.

—NO —negó vivamente su padre—. Eso no serviría de nada. Deprisa, ayúdame a alzar la tapa. Se nos agota el tiempo. El sol ha iniciado ya su desaparición…

Ambos tomaron la tapa, cada uno por un extremo. La apartaron, no sin esfuerzo. No estaba encajada, como era previsible, pero eso no sorprendió en nada, aparentemente, a ninguno de los dos.

Dejaron la tapa a un lado, en plena oscuridad. Luego, él proyectó la luz al interior de la caja.

Un doble grito ronco de asombro y de excitados sentimientos, brotó de labios de ellos.

Miraron al ser tendido dentro del féretro con horror auténtico en sus dilatados ojos.

—Dios mío… —susurró el padre—. *El*…

—Entonces… era cierto todo —musitó ella, temblando ostensiblemente, rota por vez primera su coraza de valor y decisión.

—Mira su nombre en el raso del forro del ataúd —señaló él—. Barón Vrolok. No es el nombre que esperábamos encontrar. Pero si su significado… el mismo.

—¡El sol, padre! —clamó ella, angustiada, señalando a la puerta —. ¡Se ocultó!

Era cierto. Definitivamente, el disco solar se había sumergido tras las montañas abruptas de los Cárpatos. El padre se dio cuenta unos segundos tarde.

Miró el interior del féretro, al hombre de negras ropas, lívido rostro inmóvil y marmóreo, tendido en su fondo, con los brazos cruzados sobre el pecho, mostrando la blancura casi alabastrina de sus manos, largas, aristocráticas, de afiladas y largas uñas, en uno de cuyos dedos brillaba resplandeciente una rara piedra roja, que era un rubí, con la letra V en caracteres góticos, incrustada en oro sobre la misma gema.

Y vio que había abierto súbitamente sus ojos.

El difunto les estaba *mirando* fija, malignamente.

Los ojos de Irish y su padre se encontraron, durante una fracción terrible de segundo, con la mirada sanguinolenta, fría y demoníaca, de aquel ser encerrado en el féretro.

Luego, resueltamente, el padre de la joven apoyó una estaca puntiaguda en el pecho del yacente, justo sobre su corazón... y la martilleó brutalmente con un pesado mazo que completaba su extraño equipo.

El ser del ataúd había logrado aferrar con sus manos la estaca para arrancarla de su pecho.

Pero no llegó a tiempo.

Antes de que pudiera moverla lo suficiente, machacó el visitante con fuerza...

Un alarido feroz, bestial, inhumano, que pareció rebotar en los viejos muros ruinosos como algo vivo y malévolo, brotó de la boca del ser así golpeado.

Un chorro intenso de sangre escapó por el enorme boquete de su pecho e igualmente por sus labios crispados y exangües.

Unos largos colmillos, agudos y punzantes, emergieron por entre esos labios convulsos.

Luego, lentamente, aquel cuerpo comenzó a oscurecerse, acartonado y negruzco, para terminar fundiéndose en simples cenizas, que flotaron como pavesas, hasta posarse en un montón oscuro sobre el carmesí brillante del forro del ataúd. Sangre, carne y todo cuanto formaba parte de aquel cuerpo hasta entonces, dejó de ser visible, para convertirse en simple ceniza de siglos, dentro de los jirones de un traje negro y una amplia capa de igual color.

Irish sollozó, abrazándose a su padre con una sensación de profundo horror en su ser.

El la acogió afectuoso, palmeando su espalda cariñosa, comprensivamente.

—Ya está, Irish, querida hija —murmuró—. Ya está hecho... El Vampiro no saldrá nunca más de esa tumba. Nunca. Es algo que tuvo

que haberse realizado hace siglos. Stocker tuvo razón[1]. Sólo que él le dio otro nombre al monstruo... Vamos, hija. Ya nada nos retiene aquí.

Y tomando la linterna, se alejaron ambos del macabro recinto.

El padre rodeaba a la hija con su brazo. Ella, todavía lloraba de emoción y de pavor.

PROLOGO DOS

1935

La niña se había perdido.

Y todo por culpa del travieso «Niko», su gatito. Siempre hacía cosas así, pero esta vez el animalito se había excedido. Su fuga casi nunca pasaba de la ladera de la montaña, por el lado sur, allí donde sus padres la habían dicho siempre a la niña que no debía atreverse a ir más lejos.

Pero ella no podía dejar que llegara la noche y el bueno, fiel y cariñoso «Niko se perdiera definitivamente en los bosques. Era demasiado pequeño y estaba excesivamente mimado para correr ese riesgo con él. Kira sabía eso, y no vaciló en desobedecer, por una sola vez al menos, a sus padres. Fue en busca del gatito travieso.

Y se adentró en la región prohibida.

Ella estaba habituada a corretear por los bosques. No se cansó demasiado en medio de aquella arboleda, preocupada como estaba por la suerte que pudiera haber corrido el endiablado «Niko».

Cuando quiso darse cuenta, la niña se había alejado mucho de su casa.

Tal vez demasiado. Pero entonces vio a «Niko» y se olvidó de todo lo demás. Su cuerpecillo color gris rayado, correteaba por entre los riscos, en el inicio de la montaña.

—¡«Niko», «Niko», ven aquí! —voceó la niña—. ¡«Niko», no seas malo y vuelve!

El gatito la oyó, pero era muy juguetón y rebelde, y quiso hacerse de rogar un poco más. Empezó a saltar de piedra en piedra, con felina agilidad, remontando los riscos. La niña levantó la mirada, siguiéndole atentamente en su carrera, profundamente decepcionada por el comportamiento de su animal.

—¡No hagas eso, «Niko»! —le reprendió, enfadada—. ¡Vuelve! ¡No te alejes más o me enfadaré contigo!

Se quedó callada al descubrir el castillo. Nunca lo había visto antes de ahora, ésa era la verdad. Y casi sintió miedo.

Eran ruinas oscuras, recortándose contra el cielo del atardecer. Ruinas de negras piedras, entre vegetación silvestre, dibujando siluetas siniestras sobre el celaje nuboso y anaranjado del ocaso. El

viento de la tarde golpeaba los brezos contra las piedras carcomidas por el tiempo.

La niña recordó los cuentos que la abuela le contaba al amor de la lumbre en las largas noches de invierno, sobre hadas, príncipes y princesas y hermosos castillos en las montañas mágicas. Pero este castillo no era hermoso ni tenía nada de mágico en apariencia. A Kira no le gustó nada que su gatito pudiera perderse en un sitio tan lúgubre, donde quizás había demonios y genios maléficos, pero no hadas buenas ni princesas encantadas.

Se lanzó a la carrera, alcanzando los riscos y comenzando a escalarlos con presteza, en pos de su gato. Lo alcanzó al fin. Pero cuando se dio cuenta de ello, y tenía al travieso «Niko» en sus manos, un repentino terror la sobrecogió.

Estaba justamente al lado de la negra muralla del castillo. El valle, allá abajo, le pareció tremendamente distanciado. Se arrepintió de haber ido tan lejos. La noche estaba muy próxima ya, y sabia por experiencia propia que nadie, en toda la comarca, se atrevía a salir por las noches fuera de las paredes de sus casas. Había oído decir algo sobre los demonios y los hombres lobo que deambulaban por las regiones de los Cárpatos, y de la gente que desaparecía para no reaparecer jamás, cuando se aventuraba en la noche temerariamente.

—Oh, gatito, ¿qué vamos a hacer ahora? —se quejó— Y todo por culpa tuya...

El pequeño animal rayado se limitó a mirarla, algo asustado, con sus ojos amarillos, y emitió un leve maullido como de disculpa. La niña ni le hizo caso. Estaba contemplando, con fascinada expresión, la mole ruinosa de negras piedras, recortando sus dentados perfiles contra el rojo crepúsculo. Pese al temor instintivo que experimentaba su alma infantil, el morbo, la curiosidad malsana que la propia mente de los niños posee habitualmente, la empujaba a caminar despacio, paso a paso, en dirección a aquellos restos pétreos que la atemorizaban y, a la vez, lograban casi fascinara con un raro influjo, con una atracción que parecía muy lejos de lo normal y de lo cotidiano.

Ella era demasiado pequeña para sospecharlo incluso para intuirlo. Pero daba la impresión de que una fuerza maléfica, una siniestra fuerza de magnetismo diabólico, iba empujando insensiblemente a la pequeña Kira en dirección a lo que fuera en tiempos el suntuoso recinto de una noble familia eslava.

El gato pareció inquietarse al sentir la aproximación de su ama hacia las ruinas, y se removió entre sus brazos, emitiendo otro maullido apagado, muy dilatadas sus pupilas. Pero la pequeña ni siquiera se fijó en esa reacción de su animal. Y aunque lo hubiera advertido, posiblemente hubiera sido igual, porque jamás hubiese

atribuido semejante comportamiento a un sentimiento de terror en el felino.

Sin darse cuenta, se encontró ante una puerta amplia, que alguna vez sostuviera unas grandes hojas gruesas, de madera de roble con remaches y pesados aldabones de bronce. Ahora, esas puertas yacían en tierra, desprendidas de sus enmohecidos goznes por el efecto del abandono, la podredumbre y el fuerte cierzo de aquellas alturas. El paso, pues, estaba franco.

Más allá de ese umbral, las sombras se intensificaban en lo que parecía un enorme vestíbulo cubierto de polvo y tierra, así como en la escalinata que de él partía hacia las alturas, bajo las bóvedas medio derruidas de la techumbre, que permitían filtrarse algo de luz rojiza del atardecer, como jirones sanguinolentos de una fantasmal claridad.

Allá, más al fondo, unas vidrieras sin vidrios ya, dejaban ver esa misma claridad crepuscular, tiñendo con tonos rojo intenso los hierbajos y enredaderas de un jardín abandonado.

La pequeña Kira se movió hacia dentro, con la mirada fija, casi hipnótica, en el jardincillo interior de la mansión derruida.

Algo la atraía hacia allí. Ni siquiera se daba cuenta de ello. Pero era así. Inexorablemente, sus pequeños piececitos la conducían al reducto angosto y asilvestrado del viejo jardín sin cuidar. Lentamente, a medida que ella avanzaba, el sol iba rozando con su rojo disco el borde de las montañas, a punto de ocultarse...

Una vez en el jardín, no cesó de andar. Parecía saber muy bien a dónde ir, pese a que nunca, antes de ahora, había estado allí. Era como si alguien, un ser invisible, la condujese tirando de ella insensiblemente hacia un determinado lugar.

Pisó la lápida de piedra blanquecina, de alguien llamado Vrolok. No la miró siquiera. Siguió adelante, siempre hacia adelante, sin una vacilación siquiera. El gatito se agitó entre sus brazos, inquieto, dirigiendo miradas medrosas en torno. Dejó escapar un débil maullido, pero la niña no le hizo el menos caso.

Llegó ante los dos escalones que descendían hacia un ángulo del jardín situado en un desnivel pronunciado, respecto al resto del suelo cubierto de hierbajos silvestres. Los descendió sin temor alguno. Una franja ancha de roja luz solar del crepúsculo trazó un resplandor casi demoníaco sobre la aldaba de metal oxidado y la recia madera de la puerta. La pequeña Kira se detuvo ante el acceso a la cripta, siempre con su gato «Niko» contra sí, mirando con ojos vidriosos ante sí. La tarde tomaba ya un intenso tinte azulado, y aquella claridad solar iba reduciéndose, la franja se hacía una simple línea de luz, para terminar desapareciendo. Sombras crecientes, comenzaron a invadir el rectángulo cubierto de abrojos y, sobre todo, el rincón de los dos escalones de piedra.

Kira alargó su bracito, dando la impresión de que no era su voluntad la que realizaba aquel movimiento, sino otra superior que la dictaba imperiosamente lo que debía de hacer en cada momento. Apoyó la manita en la madera. Empezó a empujar...

Con un prolongado, triste chirrido de goznes, la puerta cedió. No mucho, pero si lo suficiente para que un cuerpecillo delgado como el de la niña pudiera pasar al lóbrego interior del recinto. Esta vez, el aullido del gato fue más largo y lastimero, agitándose amedrentado en los brazos de su pequeña ama. Ella penetró en la cripta.

Las tinieblas profundas no parecían asustarla. Se movía lenta, suave, ligeramente, como una sombra pálida o un espectro de otro mundo, a través del local saturado de polvo, humedad y telarañas, en dirección al túmulo central, donde se alzaba el féretro abierto, con la tapa caída a su lado, cubierta igualmente de polvo, y donde las ratas habían cribado a mordiscos el forro de raso brillante. Algunos de los roedores corrieron a ocultarse, mientras los amarillos ojos fosforescentes del felino les seguían, con ávido afán, aunque demasiado asustado para saltar de los brazos de su ama c ir en busca de los repugnantes animales.

La niña se detuvo ante el féretro. Miró a su alrededor sin reflejar temor alguno en su pequeño rostro infantil, que era como una simple mancha pálida en las tinieblas lóbregas del lugar. Miró al interior de la caja fúnebre.

No había nadie allí. O al menos, no lo había en apariencia. Sólo un amontonamiento de oscuras cenizas, entre jirones polvorientos y podridos de un viejo traje negro y una capa de igual color, de forro carmesí. Entre las cenizas negruzcas, era visible el brillo de un objeto dorado cubierto igualmente de polvo. Era un anillo de oro con una piedra roja, octogonal, en cuyo centro se veía una letra V también dorada.

La pequeña Kira contempló todo eso, indiferente. El gato emitió ahora un aullido de terror, profundo y grave, erizándosele el pelo e hinchándose en torno a su rabo. Los ojos amarillos se clavaron en el contenido siniestro del féretro... y su miedo resultó invencible.

Tanto, que esta vez sí ofreció resistencia a la voluntad de su dueña. Forcejeó por escapar de sus brazos, y Kira trató de retenerle a viva fuerza. El animal sacó sus uñas, clavándolas fuertemente en el brazo de la niña. Esta gritó, dolorida, soltando al felino. El animal salió bufando, disparado, salvó el féretro de un salto, y corrió a agazaparse en alguna parte del oscuro recinto funerario.

La niña pareció despertar repentinamente de su letargo y darse cuenta de dónde estaba. De su brazo, desgarrado por las uñas del gato, corría la sangre, que goteó sordamente sobre el fondo del ataúd, justo encima de las cenizas que allí reposaban. Sangre y ceniza formaron

una especie de pasta o masa blanda que fue extendiéndose, a medida que las gotas rojas caían con cierta copiosidad en el féretro.

—Me duele... —se quejó la niña, apretándose el brazo tan profundamente herido por el gato en su repentino terror—. ¿Por qué me hiciste esto, «Niko»? Eres malo, muy malo... Tengo miedo... ¿Qué hacemos aquí? ¿Por qué he venido hasta este lugar? Tenemos que volver a casa... «Niko», «Niko», ven...

Se apartó del féretro, y dejó tras de sí un reguero de gotas de sangre en el suelo polvoriento. Llamó repetidamente al gatito, mientras éste se ocultaba en alguna parte del sótano destinado a recinto funerario:

—¡«Niko», «Niko»! ¡Ven aquí! ¡No seas desobediente! ¡Vuelve, no te pegaré! ¡«Niko»!

Pero el animal no obedeció. En vez de eso, emitió otro aullido lastimero y salió disparado por la delgada abertura de la puerta entornada, al exterior. La niña intentó seguirle.

En ese momento, se detuvo aterrorizada. A sus espaldas había percibido un crujido extraño, ominoso. La puerta se cerró de golpe, como si un repentino viento que no podía percibir, la hubiese empujado. La oscuridad dentro del sótano fue casi completa. Sólo una leve claridad del atardecer se filtraba por los vidrios polvorientos de un angosto ventanuco ojival, allá en lo más alto de la cripta.

Giró la cabeza, dominando su terror lo mejor posible. Sus ojos se dilataron, y el pequeño rostro se tornó pálido como el de una muerta. El cuerpecillo tembló sacudido por un pánico súbito e irrefrenable.

—No, no... —gimió—. No, eso no... No puede ser...

Del féretro, algo se estaba alzando lenta, inexorablemente. Algo alto, oscuro, tétrico y terrible, algo que parecía vagamente la sombra de un ser humano, pero que al desplegar algo, acaso una capa, acaso unas alas, podía ser también la silueta de un gigantesco murciélago...

La niña chilló, en el paroxismo de su miedo, encogiéndose lleno de angustia, sin saber qué hacer. La sombra que emergía del ataúd se fue materializando. Unos ojos inyectados en sangre se clavaron en ella desde un rostro sumido en la oscuridad.

Una voz susurrante la ordenó profunda, fría, heladamente:

—Ven... Ven aquí... Tu sangre me ha devuelto a la vida... Von, pequeña... Me perteneces...

El pánico pareció desaparecer del rostro desencajado de la niña. De nuevo una especie de halo sobrenatural y maligno la envolvió, sumiéndola en la inconsciencia, haciéndola avanzar hacia aquella forma tenebrosa, hacia la voz invitadora y grave, sin sentir temor alguno. Llegó junto al féretro. La sombra se inclinó sobre ella, sus amplias alas negras la envolvieron... y un profundo silencio de muerte reinó en el lugar.

CAPÍTULO PRIMERO

NUEVA YORK. 1936

—¡Es precioso, papá! ¿Cómo podré agradecerte algo así?

Había un profundo entusiasmo en el tono de voz de la muchacha, mientras contemplaba, fascinaba, el regalo que acababa de recibir de manos del hombre alto, curtido, de cabellos canosos y sonrisa afable, muchas veces poco acorde con el frío y duro brillo de sus grises ojos penetrantes.

—Vamos, vamos, querida, no es nada —rechazó el con una sonrisa—. Te mereces mucho más que eso en el día de tu boda, pero lo cierto es que nuestra fortuna personal tampoco nos daba para regalarte un palacio en Europa.

Rieron los dos, mientras ella seguía mirando embelesada la bella gargantilla de diamantes y platino, que se puso prestamente en torno al cuello, para mirarse en el espejo.

—¿No es maravillosa? —murmuró, extasiada—. Va a deslumbrar a los invitados, papá, estoy segura de ello.

—Tú les deslumbrarás, no esa joya —replicó su padre, risueño—. Ven, te ayudaré a ponértela, si quieres lucirla ya...

—No, no —rechazó la joven, quitándola prestamente de su cuello —. La estrenare en la boda, no antes. Mañana luciré por vez primera en mi vida, y espero que me dé suerte para el futuro. Gracias, papá, nunca olvidaré este detalle... Eres maravilloso, siempre lo fuiste. Creo que voy a echarte de menos en lo sucesivo.

—Tonterías. Ninguna chica echa de menos a su padre cuando es feliz junto al hombre que ama. Y estoy bien seguro de que Ray va a hacerte la más dichosa de las mujeres.

—Sí, yo también lo creo —asintió ella, entornando soñadoramente sus ojos—. Ray... Es un hombre admirable, papá. Nunca creí que hubiera uno como él, te lo confieso. Pensar que hace sólo un par de años yo pensaba seguir a tu lado de por vida, ayudándote en tus investigaciones, como siempre había hecho... Y ahora, de repente, te abandono porque un hombre ha logrado volverme loca.

—Creo que ése es un sentimiento reciproco, querida. También tú has vuelto loco a Raymond Mansfield, estoy seguro Je ello. Basta verle

cómo te mira... Irish, hija mía, creo que te dejo en buenas manos. De otro modo, no hubiera permitido que ningún hombre te apartara de mí.

—Lo sé. ¿Recuerdas nuestros planes? Íbamos a ir de nuevo a Europa, esta vez en busca de un...

—Olvida eso —le pidió con presteza su padre—. Ya no son asuntos que te conciernan. Ni hables de ellos con Ray.

Al menos, no todavía. Creo que ese joven no entendería muy bien mis teorías.

—Papá, sabes que no sólo son teorías. Una vez pudiste demostrarme palpablemente la verdad de muchas de esas cosas, cuando yo tanto dudaba aún...

Los ojos grises del hombre se ensombrecieron de repente al mencionar eso su bella hija. Hizo un ademán brusco y apretó los labios con fuerza.

—Dejemos la cuestión, querida —cortó—. De eso hace ya casi seis años. Tuvimos mucha suerte aquel día, eso fue todo. Pero es algo que pertenece al pasado. Por fortuna, no volverá a repetirse. Y todas las rarezas que la gente pueda atribuirme, ninguna resultaría tan increíble ni tan disparatada como esa que tú mencionabas.

—Pero fue *real*, auténtico. Sucedió, papá, yo lo viví...

—Claro. Tú lo viste y yo también. Pero nadie más. No hay otra prueba de ello que nuestra palabra. El mundo es escéptico en muchas cosas. Le gusta creer en lo que es cotidiano, en lo que ve, palpa y conoce. Lo desconocido, acaso porque le aterra, lo rechaza instintivamente. Si hubiéramos contado a los periódicos o a la radio lo que vivimos en Europa aquellos días, nos hubieran tildado de dementes. A ellos les divierte o sobrecoge ver esas cosas en un cinematógrafo, representado por Bela Lugosi o por Boris Karloff, pero no lo aceptarían en la vida real, compréndelo.

—Quizás tengas razón. Pero yo jamás podré olvidar aquel día, papá —aseguró Irish, con una vaga sombre de temor flotando en el color azul verdoso de sus radiantes ojos profundos—. Jamás...

—Lo comprendo muy bien. Eras muy joven, demasiado para una aventura de esa clase, pero no podía confiar en nadie más, y tú has sido siempre tan valerosa y decidida... Eras casi una chiquilla y, sin embargo, te comportaste con un valor increíble. Es lógico que aquello dejara huellas en ti, pero te repito que será mejor que no le cuentes nada todavía a Kay. El no entendería, sin duda alguna.

—No, no lo haré —prometió ella, tras una vacilación.

Depositó la joya en el estuche de negro terciopelo, y en ese momento sonó un leve campanilleo en la puerta de la casa. Padre c hija se miraron. El sonrió.

—Creo que tienes aquí a tu galán, hija —murmuró dulce mente

—. Es hora de volver a mí tarea en el estudio. Te dejo con él.

Abandonó el living con suaves pasos. Irish se arregló su roja cabellera ante el espejo, antes de acudir prestamente al recibidor, donde la doncella recogía ya el sombrero y los guantes de un joven alto, recién llegado. Luego, él se despojó de su gabán color canela, y descubrió a Irish en la puerta del living.

—¡Querida! —exclamó jovial, afectuosamente, avanzando hacia ella con largo paso. Se inclinó y besó sus labios breve pero tiernamente—. Pensé que llegaba demasiado tarde y habrías salido con tu padre a alguna parte...

—No. Ray. Papá cambió de idea y se quedó a trabajar, anulando sus proyectos de ir al teatro y a cenar. ¿Mucho trabajo hoy?

—Demasiado —suspiró el joven alto, arrogante, bien vestido y de rostro viril, bajo un revuelto cabello castaño claro—. Ten en cuenta que es el último día que paso allí antes de la luna de miel... Tenía que dejarlo todo en orden durante mi ausencia.

—Sí, lo comprendo muy bien. Después de todo, dirigir una emisora de radio, hoy en día, debe de resultar una tarca muy compleja.

—Lo es. A la gente cada vez le gusta más la radio. Tenemos que mejorar, renovarnos. Por eso he asumido la dirección de programas e incluso tengo que actuar a veces como guionista y locutor. Tengo un concepto especial de la radio, que va más allá de lo que la gente rutinaria piensa. No debemos estancarnos. Un día llegará otra cosa, tal vez ese proyecto embrionario que se denomina «televisión», mediante el cual la gente podrá ver lo que ahora sólo escucha. Y puede hacernos mucho daño, si no estamos siempre al día. Yo soy de los que piensan que escuchando un receptor de radio, puede trabajar tu imaginación. Viendo imágenes en una caja, será como ir al cine: te lo dan todo hecho. El día que la televisión triunfe en el mundo, habrá llegado el fin de lo imaginativo, de la fantasía, de todo lo que vale algo. Por fortuna, en estos momentos no tenemos esa competencia, pero si la de las salas de cine, con sus películas cada vez más perfeccionadas. El sonido ha venido a ser otro duro golpe para la radio. Pero seguimos adelante, siempre que sigamos manteniendo despierta nuestra imaginación, querida. Precisamente hoy he terminado un nuevo serial radiofónico que creo tendrá éxito. Se trata de una adaptación a la radio de la novela *Drácula.* Ya sabes: vampiros y todo eso...

—Dios mío... —Irish le dirigió una rápida mirada aprensiva, y humedeció nerviosamente sus labios.

—¿Qué te ocurre? —sonrió Ray Mansfield, extrañado—. ¿Te asustan acaso los vampiros?

—No, no es eso...

—No temas nunca lo que no existe —comentó jovialmente

Mansfield—. Después de todo, es simple creación literaria. El cine lo ha puesto de moda con sus películas de terror, esas que tanto proliferan en los estudios de la Universal, y hay que aprovecharse de ello. A medianoche, muchos oyentes temblarán de miedo escuchando a través de su receptor las aventuras del conde Drácula… Pero sólo será producto de la fantasía de un escritor y de unos guionistas. Los vampiros no existen, Irish. Nunca existieron más que en la superstición de gentes de lejanos países…

Ella le miró en silencio y no hizo comentario alguno. Se encaminó al living, escoltada por su prometido.

—¿Has decidido ya los lugares que visitaremos durante la luna de miel? —inquirió la muchacha.

—Por supuesto. Haremos lo que habíamos decidido: tomar ese transatlántico mañana, después de la boda, con destino a Inglaterra. Una vez allí, visitaremos las islas, y también París, Roma… No podremos ir a Madrid como habíamos pensado, porque allí ha estallado recientemente una guerra civil. Pero sí visitaremos Lisboa, si lo deseas, antes de regresar a los Estados Unidos otra vez. ¿Te gusta el itinerario?

—Me entusiasma: Londres, París, Roma, Lisboa… Será maravilloso.

—Creí que tú conocías ya muy bien Europa —recordó Ray repentinamente.

—Oh, fue distinto. Viajé con papá hace casi seis años, cuando sólo contaba dieciocho… Era un viaje de estudios científicos, ya lo supondrás. Visitamos Prusia, Austria, Eslovaquia y Rumania…

—Extraños lugares esos, querida, para un viaje de trabajo —sonrió Ray Mansfield—. ¿Qué buscaba tu padre allí? Ahora, todo eso hierve con el nacionalsocialismo alemán de Adolfo Hitler…

—Bueno, ya sabes que él es especialista en investigación histórica y étnica, aparte su profesión de doctor en medicina… Ese viaje se refería a esa clase de actividades, no a cuestiones médicas.

Si, imagino que para un investigador debe ser apasionante conocer esas razas eslavas, tan cargadas de leyendas y mitos extraños —el joven arrugó el ceño, mirando a su prometida—. Por cierto, en esos lugares si creen en los vampiros. hombres-lobo y todo eso. La leyenda proviene precisa mente de allí. ¿No te hablaron de eso los nativos?

—No recuerdo haber oído nada especial al respecto —dominó Irish un escalofrío, eludiendo una respuesta concreta—. Pero iba tan interesada en otras cosas, que tal vez alguien lo mencionara y yo ni siquiera me diese cuenta de ello. Ahora, vamos a hablar de nuestro viaje, Ray… y de todo lo que nos reserva nuestro futuro…

Se sentaron en el sofá, ante la chimenea donde ardían unos leños

crepitantes, y comenzaron a charlar de infinidad de cosas relacionadas con su inmediato y emotivo futuro.

Mientras tanto, arriba en su estudio de trabajo, el doctor Neil Warren, padre de Irish, se abstraía una vez más en la investigación no sólo de la etnia y la historia de las razas, sino en sus supersticiones, religiones y creencias. En realidad, lo que al doctor Warren le atraía más que nada era la existencia de las fuerzas del Mal, adquiriesen la forma que fuese, según la idiosincrasia de la raza que alimentase ese culto a Satán. Era su especialidad: combatir el Mal en todas sus formas, como un nuevo ángel exterminador. Exorcismos y prácticas mágicas no le eran desconocidos en absoluto.

Ahora buscaba algo. Algo que tal vez hallase en las raíces mismas de otro pueblo de la Tierra, con sus cultos prohibidos y sus prácticas esotéricas, pero que en definitiva no sería sino otra forma adquirida por el Enemigo. Y éste siempre era el mismo, fuese cual fuese su nombre...

Alargó la mano, tomando el negro teléfono de su mesa, descolgó de la horquilla el auricular, acercando la boca a la bocina, y marcó un número. No respondió nadie. Meneó la cabeza, pensativo.

—Es raro —comentó—. Earl me dijo que estaría hoy en casa, trabajando...

Se encogió de hombros y colgó. Su amigo Earl van Dyke era un colaborador muy eficaz en sus trabajos. Poseía una rara, especial sensibilidad para detectar las formas del Mal y su proximidad. Se decía de él que era vidente, en cierto modo, y podía captar la existencia de seres diabólicos. Otros se reían de esa presunción, pero el doctor Warren tenía motivos sobrados para tomar muy en serio tal condición de su amigo.

Una vez, en el pasado, Earl van Dyke le había dicho dónde hallar a un ser demoniaco, en cuya existencia real nadie creía. Ese ser era un vampiro. El Vampiro, por antonomasia.

El Maestro. El barón Vrolok.

Y lo había hallado, siguiendo las instrucciones visionarias de su amigo y colaborador.

Por eso el doctor Warren jamás tomaría a broma una aseveración en ese sentido de Earl van Dyke. Y por eso seguía colaborando estrechamente con tan singular personaje.

En esta ocasión no precisaba nada especial de él, sino una simple consulta técnica. Por tanto, se enfrascó en su tarea y olvidó totalmente a su amigo durante el resto del día y de la noche.

* * *

Las autoridades de Inmigración examinaron los documentos de la familia que acababa de pasar al departamento correspondiente, desde los *docks* de Nueva York donde les depositara el buque que les había traído a Europa.

—Todo está en regla —declaró el funcionario tras revisar los papeles que el hombre fornido y moreno le tendía—. ¿Janos Iozesku?

—Soy yo, señor —chapurreó el hombretón malamente en inglés.

—¿Vinia Iozesku?

—Mi mujer —señaló a la ruda campesina de pañuelo a la cabeza y burdas ropas colores apagados, rostro redondo y mejillas encendidas, que sonrió, inclinando la cabeza, y murmurando algo en su lengua natal. El marido aclaró—: Ella no sabe inglés, señor.

—Comprendo —el funcionario dirigió ahora una mirada a la tercera persona del grupo—. Y ella será, supongo, Kira Iozesku...

—La misma, señor —afirmó el hombre—. Nuestra hijita.

—Bien —el empleado de Inmigración selló los documentos y tendió un volante a los inmigrantes europeos—. Pasen con su equipaje a la aduana. Y bienvenidos a América.

—Gracias, señor —el hombre daba vueltas a su gorra entre las rudas manos, nerviosamente—. ¿Tenemos que abrir todo nuestro equipaje para que lo revisen?

—Por supuesto. Es la ley. Pero los aduaneros están sobre cargados de trabajo estos días —el funcionario señaló la cola interminable de inmigrantes que esperaba turno—. No creo que se entretenga demasiado en sus cosas, la verdad. Vamos, pasen. Hay muchos otros a quienes atender...

Los Iozesku pasaron a otro compartimento, donde se apilaban sus cosas personales: viejas maletas atadas con cuerdas, fardos de tela cosida y un par de cajones de madera claveteada. El empleado aduanero arrugó el ceño, mirando todo aquello con aire de fastidio. Al fondo, ante una puerta enrejada que daba el soñado paso a la anhelada América, dos agentes de policía uniformados, montaban guardia impasibles.

—¿Todo *esto* hay que revisar? —se lamentó el empleado de aduanas.

—Es nuestro equipaje, señor. Nuestras cosas...

—Cualquiera diría que se trajeran su casa entera, a pedazos —bromeó de mala gana el otro, haciendo un gesto brusco hacia una de las maletas—. Abran ésa.

Janos Iozesku, con ademanes serviles, se apresuró a obedecer, abriendo la maleta. Un montón de ropas viejas, un reloj con el cristal roto, zapatos embarrados y figuritas de madera tallada y coloreada, aparecieron formando un revoltillo confuso y humilde. El funcionario se rascó la cabeza perplejo.

—¿Todo es parecido lo que traen? —indagó—. ¿Nada de alimentos para pasar por Sanidad?

—No, nada, señor. Consumimos las viandas durante el viaje en barco. No llevamos ningún comestible ni bebida… Todo son ropas, útiles de casa…

—Está bien —gruñó, marcando con tiza todos los objetos. Se detuvo, mirando a las dos cajas de madera—. ¿Y eso? ¿Qué llevan ahí?

—Muebles, señor —dijo rápidamente Iozesku—. Un tabú— rete que fue de mi difunta madre… Unos juguetes de mi hija, su cuna desmontada… Y un pequeño armario en dos piezas, para su alcoba cuando tengamos nuestro propia vivienda en América, señor…

Ahora vamos a vivir con un pariente, ya lo saben…

—Sí, sí, ya lo he visto en sus documentos: los Kovac, del barrio eslavo de la ciudad. Está bien, no abran eso. Perderíamos todo el día aquí —marcó los cajones con tiza c hizo un gesto de impaciencia—. Ya pueden pasar.

Dando gracias ostentosamente, los Iozesku entraron en los Estados Unidos de América de modo oficial, aquella tarde del otoño de 1936, salvando la reja de Inmigración del muelle de Nueva York, tras un largo y fatigoso viaje en la cubierta de un buque desde la lejana Europa. Eran, como tantos otros, gente humilde, emigrantes que buscaban el oro fácil de América, abandonando sus tierras empobrecidas por espacio de siglos, y ahora amenazadas con el fantasma de la guerra por la ascensión del nazismo al poder en Berlín. Ignoraban muchos de aquellos desdichados que una América empobrecida y renqueante aún, tras el *crack* de 1929, distaba mucho de ser el soñado emporio de fácil riqueza con el que todos anhelaban ser un día poderosos y dueños de una gran fortuna.

Pero los Iozesku no se contaban entre esos soñadores que iban en busca de la tierra prometida. A ellos les movía un móvil muy distinto al de todos los otros. Y mucho más oscuro e insondable.

Los Iozesku estaban allí ahora sin saber la razón exacta de ello. Algo más poderoso que ellos y que su voluntad, les había empujado a emprender aquel viaje a los Estados Unidos.

Ese mismo *algo* que, poco más tarde, habló a través de los labios de la pequeña y frágil Kira con una extraña voz, fría y profunda, que en modo alguno parecía posible que pudiera brotar de la garganta de una niña:

—Ya estamos dentro —dijo con rara autoridad y firmeza, como si otro ser hablase a través de la pequeña—. Ahora debemos encontrar a Zoltan Dukas, esté donde esté… Seguidme.

Los padres, dócilmente, como si su hijita fuese quien tuviera toda la autoridad y fuerza de la familia, se limitaron a asentir cuando sonó

aquella extraña voz, y la siguieron dócilmente hacia un carromato donde cargaron sus equipajes, para salir de los muelles y adentrarse en la ciudad de Nueva York.

Después, la voz de la niña, igualmente glacial y autoritaria, añadió, cuando iban a tomar un taxi para encaminarse al barrio eslavo donde les esperaban sus parientes:

Después, es imprescindible destruir a ese hombre, Earl van Dyke. Mientras él viva, no estaremos tranquilos en ninguna parte. Él *sabe*... Él puede descubrir cuándo el Maestro está a punto de volver a la vida... Es el único en el mundo que puede saberlo de inmediato. Y es preciso que no se lo revele a nadie...

Los Iozesku volvieron a asentir con la cabeza, con la mayor docilidad del mundo. Eran como autómatas dirigidos por la voluntad poderosa y siniestra que se había apoderado de la niña.

CAPÍTULO II

Earl van Dyke despertó sobresaltado.

Se irguió en el lecho, sorprendido, sintiendo temblar todo su cuerpo como si una extraña fiebre le invadiese. La noche, sin embargo, era más bien fría y húmeda. Había llovido ligeramente al atardecer, y soplaba una molesta brisa del Hudson que llevaba ráfagas de humedad a la urbe de los rascacielos.

—¿Qué diablos...? —murmuró para sí, sorprendido, advirtiendo que tenía su cuerpo todo empapado en un sudor frío—. ¿Qué es lo que me ocurre? Hacía tiempo que no notaba nada parecido...

Saltó de la cama, se abrigó con una bata de gruesa lana y se enfundó las zapatillas para dirigirse a la pequeña cocina, donde encendió el gas y preparó café, frotándose los parpa dos soñolientos.

Paseó por la estancia hasta que hirvió la cafetera. Se sirvió una taza, empezando a tomar sorbos de la infusión sin *azúcar*. Despeinado, huraño y perplejo, se movió de nuevo arriba y abajo. Luego, resueltamente, fue a su despacho, singular recinto donde se alineaban vitrinas repletas de objetos fantásticos y absurdos, recuerdo de mil y una civilizaciones distintas, de ritos y creencias diversas, desde la brasileña *macumba* hasta el *vudú* haitiano, pasando por la magia negra africana, sortilegios chinos y toda clase de objetos relativos a supersticiones y hechicerías de la más diversa índole.

Se sentó en su mesa de trabajo, contemplando todo aquel musco que le rodeaba, con gesto ceñudo. Su mirada se fijó de inmediato en la ristra de ajos y la ramita de muérdago contenidos en una de las vitrinas. Se mordió el labio inferior. Volvió a sentir un profundo escalofrío.

—Cielos, no —balbuceó—. No es posible. *Otra vez*… ¡no!

Pero los síntomas proseguían. Y él los conocía muy bien. Cerró los ojos, dejando la taza vacía en la mesa. A su mente acudió una imagen espantosa: un ataúd vacío, cenizas polvorientas que tomaban cuerpo, sangre que goteaba en el suelo... Y una sombra grande y negra, alada, como la de un murciélago que sobrevolaba el recinto funerario y se perdía por una ventana...

Respiró hondo, abriendo los ojos de nuevo, cuando la sombra alada sobrevolaba, en su imaginación, formas arquitectónicas que le resultaban harto familiares: rascacielos modernos, edificios altísimos,

formando un hacinamiento urbano…

—¡Oh, no, no! —musitó aterrado, llevándose una mano crispada a la boca—. £so no… Aquí, entre nosotros… ¡El Maestro…! *El* en persona otra vez…

Era demasiado aterrador para aceptarlo. Pero Earl van Dyke sabía que no podía echar en saco roto esa premonición que parecía helar sus propios huesos. No podía rechazar simplemente la idea y volver tranquilamente a dormir. Estaba seguro de sí mismo, de sus peculiares sensaciones… Era un vidente para ciertas cosas. Un vidente que presentía el Mal, que conocía de su existencia en un lugar determinado…

Y ahora, ese lugar… ¡era éste mismo! La ciudad de Nueva York. Acaso cerca, muy cerca de él ya…

Porque si de algo estaba seguro, es de que el Enemigo también poseía poderes excepcionales para presentir las cosas, para intuir a un adversario peligroso. Y él lo era para el poder de las Tinieblas.

Frenético, se apresuró a tomar una hoja de papel, abrió su pluma estilográfica y comenzó a escribir con febril actividad.

* * *

El barrio eslavo de Nueva York en los años treinta era un lugar aún más miserable *y* triste que otras zonas de la ciudad sacudidas por la convulsión económica de los tiempos depresivos. Abundaban los pequeños locales, tiendas sombrías, bares y restaurantes baratos, mercadillos en las calles, gente sin trabajo haraganeando por doquier, en busca de algo que comer, con sus bolsillos vacíos y el estómago no mucho más lleno.

Los Kovac ocupaban un apartamento, un piso pequeño y sin comodidades, en una vieja casa de vecindad poblada de gente para tan escasas habitaciones como poseía cada vivienda. El hacinamiento humano de las gentes llegadas ilusionadamente de Europa, en busca de un paraíso que no se veía por parte alguna en aquel distrito mísero de la gran urbe, era ostensible por doquier. La grey infantil abundaba, y la inmensa mayoría carecía incluso de escuelas adonde ir. Por tanto, las calzadas aparecían invadidas por los niños, bulliciosos y gritones, que salpicaban sus voces de términos de su lengua natal, entremezclados con un inglés imperfecto y torpe.

Por entre toda aquella gente se había abierto paso la familia Iozesku, a remolque de una carretilla donde viajaba todo su equipaje, ya que el taxista se había negado en redondo a meter su coche por las callejas del barrio, limitándose a dejarles en la entrada al distrito eslavo, justo al lado de la verja que serpenteaba la calle del

cementerio viejo adosado a una antigua iglesia ortodoxa, ahora en proceso de traslado a lugar más adecuado. Un gran cartel anunciaba que una empresa inmobiliaria iba a edificar en aquel recinto religioso y funerario un bloque de apartamentos de cierto lujo, cuyos destinatarios constituían de momento un auténtico enigma para los desharrapados vecinos del barrio eslavo.

Laszlo Kovac y Eva Kovac, su mujer, rodeados de su chiquillería, aguardaban impacientes en la ventana la llegada de los parientes de la lejana Rumania que habían anunciado su llegada semanas atrás, en una carta. Como ignoraban en qué barco arribarían a los Estados Unidos, ni siquiera se habían molestado en ir a recibirles al muelle. Aquel día sabían que había llegado un barco de Europa, y se asomaban por si acaso.

—¡Eh, mira, son ellos! —voceó Kovac, palmeando rudamente la espalda de su mujer, y erizándose los largos bigotes al vislumbrar a los tres cansados viajeros, en pos de la carretilla conducida por un eslavo dedicado a tareas de transporte para ganarse unos centavos, siempre que la suerte acompañara un poco—. ¡Eh, primo Janos, estamos aquí, ahora bajamos!

Abandonaron la ventana. Momentos más tarde, entre abrazos y frases encendidas de alegría en su lengua natal, eran recibidos los Iozesku por los Kovac, y conducidos entusiásticamente al piso de los últimos, que ahora tendría que acoger durante un tiempo a tres nuevos inquilinos, por si fueran pocos los siete que ya lo ocupaban.

Aquel día corrió el vino rumano en la casa, se comieron alimentos tradicionales de su tierra y se habló en rumano todo el tiempo, entre risas y comentarios jocosos. La mujer de Kovac miraba con frecuencia a la pequeña Kira, siempre triste y pálida, con la mirada distante, como si no estuviera allí ni le afectara nada de cuanto decían. En ningún momento había aceptado tampoco ir a jugar con sus primos de Nueva York, que ya escandalizaban en la calle, celebrando la llegada de sus tíos.

—Oye, primo Janos, ¿qué le pasa a Kira? —preguntó de repente Eva Kovac, preocupada.

—¿A Kira? Nada, ¿qué quieres que le pase, mujer? — sonrió Iozesku con aire sorprendido.

—No sé. Se la nota rara. Como ausente. Además, está muy pálida y triste. Parece enferma…

—No, no, nada de eso. Le sentó mal el viaje en barco —se apresuró a explicar Vinia, su madre—. Eso fue todo. Es una niña muy sensible, no te preocupes por ella. Estará bien en un par de días, seguro.

Aun así, la mujer de Kovac no se sintió del todo convencida. Se acercó a la niña y acarició sus cabellos dorado oscuro. La pequeña la

miró vagamente, sin reflejar emoción alguna. Los dedos de Eva Kovac se detuvieron junto a la lana de una bufanda que rodeaba el cuello de la pequeña.

—¿No vas demasiado abrigada? —comentó—. Quítate esa bufanda, querida Kira...

—¡No! —gritó repentinamente la niña con inusitada energía, apartándose casi violentamente de su tía—. Tengo frío, tía Eva. No me quites la bufanda.

—Como quieras —suspiró la buena mujer, encogiéndose de hombros y mirando a su marido con extrañeza—. Voy a traeros más vino.

Se encaminó a la cocina. En toda la tarde, no intentó molestar a la niña. Kira se sujetaba la bufanda con ambas manos, pálidas y finas, como si quisiera impedir que cualquiera le tocara su bufanda, raída y de color desvaído.

«Es una niña muy rara —pensó para sí Eva Kovac—. Muy rara...»

Hubiera pensado todavía peor de ella, si le hubiera sido posible verla esa noche, acostada en la cama con sus padres, mientras todos los niños de la casa dormían con los Kovac, en la otra cama disponible.

Porque la pequeña Kira abrió sus ojos apenas todos dormían en la casa, y se incorporó en el lecho, escuchando atentamente. Después, con suma cautela, sin despertar a nadie, bajó de la cama. El camisón remendado en varios puntos, apenas si ocultaba sus delgadas piernecillas. Caminó hasta la ventana. Miró por ella a la noche, a las luces callejeras del miserable barrio de la gran ciudad. En alguna parte, sonaba música de *jazz* en una radio. No le prestó atención. Había oído ya uno de esos raros chismes que emitía sonidos y voces, a bordo del transatlántico de cabotaje donde viajaran hasta la costa americana.

Parecía escuchar algo diferente, que sólo ella podía captar. Sus ojos vidriosos, opacos, estaban fijos en la distancia. En las copas alargadas y sombrías de unos pocos Cipreses que, tras la verja de la iglesia ortodoxa y su pequeño y viejo cementerio, se agitaban levemente, azotados por una fría y fresca brisa del rio. Era como si los Cipreses temblaran en la noche.

Y mientras tanto, una voz que ella sólo era capaz de escuchar, le llegaba a la mente, informándola de lo que necesitaba saber:

—Busca a Zoltan Dukas mañana. Ahora importa más encontrar a Earl Van Dyke. Él ya sabe que estamos aquí. Él ha captado nuestra presencia y puede advertir a otros que ya una vez me vencieron... Yo te guiaré hasta él. Acaba con

Earl Van Dyke. Es necesario, querida pequeña... Vamos, yo te guio...

La niña no pestañeó. Su rostro demudado reflejó emoción. Se limitó a dar media vuelta, apartarse de la ventana y comenzó a andar hacia la puerta del piso. En la fría madruga da, sólo su delgada y pequeña figura se movía, muy lenta hacia la salida, caminando sobre sus piececitos descalzos sin hacer ruido.

Salió del piso, bajó las escaleras, moviéndose como un autómata, como un fantasma. Cuando pisó la acera, bajo las luces del alumbrado público, comprobó que nadie la veía. Echó a andar pegada a los muros de ladrillos del viejo barrio eslavo. Pasó no lejos de un cinematógrafo que cerraba ya sus puertas, en cuya fachada se veía anunciada una película protagonizada por Mirna Loy y William Powell. Pero Kira nunca había visto un cine en toda su vida. Pasó de largo sin fijarse en él. Posiblemente, aun habiendo sido una entusiasta de aquel incipiente arte, ya sonorizado, tampoco hubiera hecho demasiado caso al local. Se movía como controlada por una voluntad ajena a sí misma. Por algo tenebroso y desconocido que guiara sus pasos hacia un lugar concreto de la ciudad.

Un lugar hacia el que se dirigía ella, conducida por esa fuerza desconocida y terrible, con un propósito siniestro, aterrador.

Ese propósito, en la mente de una niña de pocos años, no era otro que… *matar.* Matar a un hombre llamado Earl van Dyke.

* * *

El aire agitó los visillos de la ventana y la cortina de la entrada.

Van Dyke, sobresaltado, alzó la cabeza, mirando a ambos puntos. Le extrañó que hubiera corriente. Había cerrado la puerta al entrar. Dejó de marcar el número telefónico, para colgar el auricular y dirigirse a la puerta para cerrarla e impedir a aquellas horas de la mañana una corriente molesta.

Dio un paso atrás, con repentino sobresalto. La puerta estaba sólo entornada. Y ahora había comenzado a abrirse un poco más. Alguien empujaba desde el otro lado suave, lentamente. ¡Pero él vivía solo en aquella casa!

Rápido, alargó la mano y tomó un objeto contundente de una repisa; una estatuilla de bronce, que enarboló a guisa de arma, avanzando más decidido hacia la entrada.

—¿Quién diablos anda ahí? Responda o…

Se detuvo. La puerta seguía cediendo. Vislumbró una silueta difusa, blanquecina, en el oscuro recibidor. Se estremeció.

De nuevo aquella helada sensación se enroscó en torno a su corazón y su mente. Tuvo exacta conciencia de lo que sucedía. Supo que allí mismo, *ahora*, estaba el Mal.

Tiró de la puerta con violencia, dispuesto a enfrentarse al horror intuido. Una expresión de inmenso estupor se dibujó en su rostro al enfrentarse a tan insólito e imprevisible enemigo.

—¿Qué significa...? —jadeó—. ¿Quién eres tú, chiquilla? ¿Cómo llegaste hasta aquí?

Y contempló, confuso, a la niña pálida, flaca, descalza, cubierta sólo con un viejo camisón lleno de remiendos y con una especie de bufanda o echarpe de tela vieja en torno al cuello. Los ojos claros de la niña le miraron largamente, sin expresión. Ni una sonrisa se asomó a los labios exangües, mortecinos y prietos. Dio dos pasos hacia él. Se la veía frágil, inofensiva.

—Pero criatura, no entiendo... —comenzó, para detenerse de nuevo, con un escalofrío repentino. La miró, empezando a entender, Dio un paso atrás enarbolando la estatuilla de bronce

—No me obligues a hacerte dado —susurró roncamente—. No quisiera hacerlo, pequeña...

Pero la niña no reaccionaba. Siguió acercándose a él. Los piececitos descalzos pisaban lentamente la alfombra, cada vez más próximos a su persona. Van Dyke tuvo un presentimiento. Alargó su mano. Tiró con violencia repentina de la bufanda de la niña, que se desenroscó de su cuello.

Quedó visible el horror. Van Dyke lo contempló con ojos desorbitados.

Eran visibles las dos huellas de incisivos, profundamente hincados en su blanca garganta, sobre la yugular. Alrededor de los dos orificios ensangrentados, se hinchaba la piel significativamente.

—¡La señal del vampiro! —masculló Van Dyke—. ¡Por el amor de Dios, vete de aquí, criatura infernal!

Soltó la estatuilla, que sabía inútil contra aquel poder diabólico, y corrió a tomar de una panoplia un par de espadas, que cruzó ante sí, en forma de cruz, para protegerse de la siniestra niña.

Para asombro suyo, nada sucedió. La pequeña siguió avanzando hacia él, moviéndose lenta e inexorablemente, aunque hubo en su rostro como un rictus de odio al ver la señal de la cruz hecha con las dos hojas de acero, y sus pupilas se contrajeron.

Fue toda su reacción ante el improvisado crucifijo. Sus pasos continuaron en dirección a Van Dyke que, muy pálido, se precipitó sobre la pared, descolgó de nuevo el teléfono y marcó un número precipitadamente.

No llegó a marcarlo del todo. Cuando llegaba a la última cifra, la niña intrusa sonrió extrañamente. Sus incisivos tenían ya una rara, especial prolongación, como los de un animal sediento de sangre. La mueca resultó demoniaca.

Saltó sobre Van Dyke como un felino salvaje. La figurilla frágil y

quebradiza pareció agigantarse, tomar una fuerza terrible, devastadora, que no podía provenir de sus simples miembros flacos y débiles, pero que la invadía totalmente, para proyectarse en sus manitas pálidas, aferradas ahora a la garganta de Van Dyke, que jadeó, sintiendo un dogal de fuego y hierro en su cuello, ahogándole, y desorbitó los ojos, forcejeando con la niña.

Las pupilas de ésta aparecían ahora inyectadas en sangre. Sangre que *goteaba* de sus ojos vidriosos, mojando de rojo su carita descolorida. Jamás un espectáculo pudo causar tanto horror ni tanta angustia a un ser humano, aunque éste estuviera habituado a enfrentarse con los poderes de las Tinieblas.

Las uñas de la niña se clavaban en su piel y parecían convertirse en curvas y aceradas garras de bestia sanguinaria. Un jadeo ronco, espasmódico, brotó de los convulsos labios babeantes de la niña… y sus colmillos se clavaron profunda mente en la garganta de Van Dyke.

Este emitió un prolongado, tremendo alarido, y se agitó, impotente, pese a su corpulencia, entre los bracitos aparentemente inofensivos de la niña. La sangre fluía de su garganta, corría por sus ropas, era succionada golosamente por la diabólica criatura encorvada sobre él.

Lentamente, comenzó a caer, se desplomó, arrastrando consigo el teléfono, que se arrancó del muro, con cables y todo, en el momento en que había logrado marcar torpemente la última cifra, y una voz distante preguntaba una y otra vez, sorprendida:

—¿Si? ¿Quién habla? Aquí la residencia de los Warren… ¡Hable! ¿Quién es?

Van Dyke, en su atroz agonía, mientras la sangre escapaba torrencial de su yugular, absorbida en gran parte por la voraz niña, sólo atinó a jadear, no lejos de la bocina del teléfono:

—Wa… rren… cuidado… El Maestro… ha vuelto… Amigo… mío… cuidado…

Luego se derrumbó de bruces, mientras la pequeña y monstruosa intrusa seguía con su tarea de vaciar de sangre las venas de su víctima.

CAPÍTULO III

Las llamas se estaban extinguiendo ya paulatinamente. El servicio de bomberos de la ciudad de Nueva York formaba un cerco en torno al edificio, parte del cual aparecía reducido ya a pavesas tras el incendio en vías de extinción.

Las ambulancias hacían sonar sus sirenas y partían llevando gente con quemaduras o con simples colapsos por causa del pánico, camino de los cercanos hospitales de la zona. Un retén de bomberos permanecía entre las paredes incendiadas, sofocando los últimos reductos llameantes. Un agente de policía se dirigió al doctor Warren.

—Creo que ya está dominado el fuego, señor. Pero mucho me temo que su amigo haya perecido en él. Su vivienda fue, precisamente, el foco inicial del incendio. No hemos podido entrar aún allí. De veras lo siento...

El doctor Warren hizo un gesto de asentimiento, con sombría impaciencia, y siguió mordisqueando nerviosamente su pipa, mientras paseaba por la acera opuesta, bañada por el agua de las mangueras, entre otros muchos curiosos.

Había acudido allí en cuanto identificó por teléfono, a horas tan desusadas, la voz de su amigo Van Dyke, para encontrarse con el fuego en plena actividad. Temía que fuese ya demasiado tarde para hacer nada por su amigo Earl.

Esos temores se cumplieron, desgraciadamente, cosa de media hora más tarde. Unos bomberos emergieron del edificio incendiado, llevando consigo en una camilla los restos calcinados de un hombre. Al tiempo que lo depositaban en una ambulancia, uno de ellos informó, moviendo la cabeza con desaliento:

—No se pudo hacer nada. Ya estaba muerto y abrasado. Apenas si es reconocible...

—¿Puedo verlo? —pidió el doctor Warren, acercándose—. Soy médico. Y era amigo del ocupante de esa vivienda...

Le autorizaron a examinar los restos humanos. Alzó la sábana. Se estremeció al enfrentarse al cuerpo ennegrecido e informe. Cuidadosamente, examinó su dentadura, bajo la piel y carne carbonizadas. Asintió con un gesto pesimista de cabeza.

—Es Earl van Dyke —dijo—. Llevaba un puente y tres dientes de oro. Todo coincide, señores.

La ambulancia se alejó. El doctor hundió sus manos en los bolsillos y echó a andar, de regreso a casa. En su mente, con la imagen aterradora del buen amigo víctima de las llamas, unas misteriosas, terribles palabras, iban dándole vueltas obsesivamente: «Warren, cuidado... El Maestro ha vuelto. Amigo mío... cuidado...»

Ahora no podía saber si eso fue una simple alucinación de Van Dyke... o algo infinitamente peor. La muerte había silenciado sus labios de un modo definitivo. Pero su inquietante mensaje persistía. Se preguntaba qué pudo provocar ese fuego, para causar la muerte a su amigo, precisamente momentos después de enviarle tal mensaje.

Cuando llegó a casa, su hija estaba en pie, envuelta en la seda azul de una bata, fumando nerviosamente un cigarrillo y tomando café. Se volvió al verle entrar, y avanzó hacia él, inquieta.

—Papá, ¿qué sucede? El servicio me ha dicho que saliste de repente por algo de la máxima urgencia... —preguntó la joven.

—Así es. Un viejo amigo me llamó, no mucho después de haber intentado yo comunicarme con él en vano. Se trataba de Earl van Dyke.

—¿Van Dyke? ¿El vidente?

—El mismo. Recordé que había salido esta noche. A su regreso, algo debió suceder en su casa, que le hizo llamarme de pronto en plena madrugada. Luego... su casa se incendió. He ido a verle, y había muerto, víctima del fuego.

—Dios mío, qué horror... —se estremeció la muchacha—. Pobre Van Dyke... ¿Qué te dijo por teléfono, papá, para que fueses a verle a semejantes horas?

—Algo muy raro y preocupante, Irish —manifestó roncamente el médico—. Sus palabras no son fáciles de olvidar. Y parecía decirlas con gran dificultad: «Warren, cuidado... El Maestro ha vuelto. Amigo mío, cuidado...» Eso es lo que dijo.

—¡El Maestro! —Irish palideció intensamente. El cigarrillo cayó de sus largos dedos marfileños, y la joven se apresuró a aplastarlo con su chinela en la alfombra—. Dios mío...

Eso significa... significa...

—Sí. Es el nombre que los iniciados le dábamos a... a *él*.

—Pero... pero terminamos con él hace anos, en aquel castillo de los Cárpatos...

—Tal vez sí, o tal vez no —suspiró cansadamente su padre—. El Mal nunca acaba del todo, hija. Si Van Dyke dijo eso, es que intuyó su presencia muy cerca. Y ese incendio casi de inmediato, su muerte en las llamas... No lo entiendo bien. Asistiré a su autopsia. Algo me dice que hubo alguna cosa más en su trágico final...

—Papá, últimamente Van Dyke bebía bastante. Pudo ser... sólo una aprensión, un efecto del alcohol...

—Quizás. Pero él siempre tuvo una rara sensibilidad para captar las emanaciones del Mal. Recuerda que ya bebía bastante cuando nos habló del castillo de los Vrolok en Rumania. Y acertó en todo...

—Sí, eso es cierto —tuvo que admitir ella, a su pesar, mordiéndose el labio inferior—. Dios mío, son las cinco de la mañana casi. Y debo levantarme a las ocho para mi boda... Voy a estar horrible cuando vaya al altar, papá. Suceder una cosa así precisamente esta noche... Es una fatalidad, papá.

—Ya fue una fatalidad para el bueno de Earl. Ahora hemos de impedir que lo sea también para nosotros, hija.

—¿Qué quieres decir? —se asustó Irish, mirándole angustiada.

—Es simple, ¿no? Nadie tenía motivos en el mundo para matar a Earl. Si acaso, sólo él, el Maestro...

—Dios mío, papá, ¿adónde quieres ir a parar? Algo horrible intuyo en tus palabras... Algo que me da miedo...

—Hay motivos para tener miedo, Irish. Si fue una venganza, nosotros somos los más encarnizados enemigos suyos. Deseará vengarse, por encima de todo, de quienes le clavaron la estaca en aquella cripta... Si fue para silenciar los presentimientos y la videncia de Earl, ello significa que no quiere que nosotros supiéramos de su retorno... De un modo u otro, también estamos marcados, en ese caso. Y podríamos ser sus próximas víctimas. Los dos, querida. Ahora me duele haber te llevado conmigo a aquella locura en los Cárpatos...

—No digas eso, papá. Sabes que fue deseo mío ir. Arrostraremos juntos los que sea, no lo dudes.

—Olvidas algo, hija: ahora vas a irte con otro hombre lejos de aquí. Pero no hay sitio lo bastante lejano para ese horrible ser, si ha sido capaz de extender su nefasto poder hasta nuestro país. Por tanto, correrías un gravísimo peligro, junto a un hombre que no cree en absoluto en los vampiros y que tomaría a broma lo que para ti y para mí es tan real como aterrador.

—Es cierto... —se dejó caer en un asiento, estrujándose las manos con nerviosismo—. Dios mío, papá, ¿qué puedo hacer? No convenceríamos nunca a Ray. Y tampoco puedo renunciar a él y suspender esa boda...

—Claro que no. Es preciso hacer algo, pero no disponemos de tiempo, a menos que buscáramos una forma de aplazar la ceremonia y, con ello, tú viaje a Europa con tu esposo...

—¿Y qué podríamos hacer aquí tú y yo solos, frente al poder de... de *él...?* —musitó aterrada la joven.

—No lo sé —confesó amargamente el doctor Warren, hundiendo el rostro entre sus manos—. La verdad es que no sé nada de nada, hija mía... Me siento confuso, aturdido, incapaz de coordinar algo eficaz contra ese poder que vuelve de las tinieblas para acabar con nuestras

vidas. Quise ser un nuevo Van Helsing[2], un «cazador de vampiros», un destructor del Mal. Y olvidé que nadie es lo bastante poderoso para acabar con las fuerzas de ese Mal que pensé ingenuamente en exterminar de una vez por todas.

—No, papá. Hay algo más fuerte que el Mal; Dios. Debemos confiar en El por encima de todo. Y utilizar las armas que siempre se emplearon durante siglos contra los vampiros: la cruz, el muérdago, los ajos, la estaca afilada… Tus estudios de ese fenómeno te han permitido averiguar que no existe otro medio posible.

—Ya los utilicé una vez. ¿Y qué sucedió? Que aquí tenemos de nuevo al Maestro… decidido a tomarse cumplida venganza de nosotros.

Sobresaltado, se detuvo el doctor Warren. El timbre del teléfono había interrumpido sus amargas palabras de desolación. Padre e hija se miraron, inquietos. Avanzó el doctor Warren, dominando sus emociones, hacia el aparato del vestíbulo.

—Deja —habló—. Yo atenderé esa llamada.

—¿Quién puede ser? —musitó ella—. Es muy tarde para que nadie llame. —.

—Saldremos de dudas ahora mismo —suspiró el médico, descolgando el auricular—.

Soy el doctor Warren. ¿Quién llama?

Una voz joven, vigorosa, sonó al otro lado del hilo telefónico:

—Doctor, ¿qué es lo que sucede? Imagino que está usted levantado, ¿no?

—En efecto, Ray, muchacho, así es —manifestó con sorpresa el médico, cambiando una mirada de asombro con su hija, que sonrió a su lado al saber que el interlocutor de su padre era su propio novio—. ¿Por qué llamas ahora?

—Posiblemente por la misma razón por la que está usted levantado —habló el prometido de Irish—. Esta noche no podía dormir y me he venido a la emisora a dejar ultimados unos espacios. Nuestro reportero de noticias acaba de dar un boletín con el incendio de Riverside Drive, donde ha muerto un viejo amigo suyo, un tal Earl van Dyke, sí no me equivoco.

—Así es. Ray. Ignoraba que supieras que Van Dyke era amigo mío.

—Usted mismo me lo citó un día, en relación con sus investigaciones étnicas y todo eso. Lo recordé esta noche, cuando nuestro redactor me informó de que usted había estado personalmente interesándose por la víctima y por el fuego ante la casa incendiada. Por eso le he llamado. ¿Ocurre algo especial en que pueda serle útil, doctor?

—No, nada, muchacho, gracias —respondió vacilante Warren—.

Van Dyke me llamó poco antes para hablar conmigo. Pero algo ocurrió y no pudo terminar su comunicación. Acudí a verle y me encontré con el suceso trágico.

—Resulta un poco raro todo eso que me cuenta, ¿no cree? ¿Por qué le llamó él a esas horas, y por qué se interrumpió la comunicación? ¿Era tan urgente como para que usted acudiera personalmente allí, doctor? Y además, ¿qué provocó ese incendio?

—De momento, nadie lo sabe aún. Admito que es una historia algo extraña, Ray, pero tanto Van Dyke como yo hemos sido siempre un poco raros, ya sabes. Será mejor que no te preocupes por nada. Recuerda que esta noche debes descansar. Es el día de tu boda, hijo.

—Eso es lo que me preocupa, doctor. ¿Está bien Irish?

—¿Por qué habría de estar mal? Claro que se encuentra bien.

—¿Está levantada también?

—Pues... —vaciló el médico, para terminar asintiendo—. Sí, está aquí, a mí lado.

—Quiero hablar con ella.

—Muy bien —tendió el auricular a la muchacha—, Ray quiere hablarte.

Ella tomó el aparato. Su voz apenas si fue un murmullo, algo tembloroso, junto a la bocina del teléfono:

—¿Si, Ray, cariño?

La voz de Ray, en cambio, retumbó enérgica y segura por el hilo:

—¿Qué está ocurriendo realmente, Irish? ¿Estás asustada?

—Sí, un poco... Van Dyke era un buen amigo. Me siento apenada, Ray.

—Todo esto resulta muy poco claro, Irish. No quiero empezar nuestra vida en común con secretos. ¿Por qué te has levantado? ¿Qué te hizo suponer que le ocurría algo a vuestro viejo amigo, y por qué te tiembla la voz de ese modo?

—Oh, Ray. Ray... —no pudo evitarlo. Estalló en sollozos repentinamente, pese a que su padre le puso rápidamente una mano en el hombro, tratando de confortarla en vano—. Si, estoy muy asustada... Terriblemente asustada, y tengo motivos para ello. Pero tú no podrías entenderlo. No tiene sentido contártelo, créeme.

—Eso lo juzgaré yo —dijo con energía Mansfield—. Estoy ahí en un momento, no os acostéis.

—¡No, no! —protestó ella—. Dicen que trae mala suerte ver a la novia antes de la ceremonia...

—Tonterías. No puedo quedarme así, entiéndelo. En menos de un cuarto de hora estoy ahí. Y no me gustaría que me ocultaseis nada, Irish.

Colgó antes de que ella pudiera protestar. Miró desolada a su padre y se apoyó en él, llorando. El doctor acarició los rojos cabellos

de su hija.

—Va a venir a vernos… —susurró entre dientes la joven—. Sospecha algo, está preocupado…

—Cálmate, hija. Tendremos que contarle todo… nos crea o no. No hay otro remedio ya, a la vista de las circunstancias. Ahora ven. Siéntate. Haré un poco de café para todos, y esperaremos a Ray en el living. Habrá que poner unos leños en el fuego.

Exactamente quince minutos más tarde, sonaba el timbre de la puerta. El doctor acudió a abrir, llevando un crucifijo de madera en el bolsillo de su bata. No llegó a extraerlo. El visitante era Ray Mansfield, con sombrero de mezclilla y abrigo de *tweed* marrón y beige. Entró como una exhalación en la casa, dirigiéndose hacia Irish, que se abrazó a él, sollozando de nuevo.

—Vamos, serénate —rogó él, ayudándola a sentarse de nuevo. Luego miró al doctor Warren—. ¿Van a contarme lo que sucede realmente?

—Por supuesto, muchacho —asintió el médico—, Pero dudo mucho que lo creas…

Y comenzó a referirle una historia que comenzaba seis años atrás, en un viejo castillo de los Cárpatos…

Al final del relato, el rostro de Ray Mansfield era una máscara de sorpresa, incredulidad y desconcierto. Permaneció unos minutos en silencio, sirviéndose otra taza de café.

Finalmente, movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Si —dijo—. Ahora, eso tiene algún sentido, aunque no sé cuál exactamente…

—¿Sentido? —inquirió el doctor Warren, sorprendido por la rapidez con que el joven había aceptado la increíble historia—. ¿A qué te refieres, Ray?

Mansfield estrujó ambas manos entre si, pareció elegir cuidadosamente las palabras a utilizar, miró a Irish largamente, y terminó por declarar:

—Verán. Nuestro reportero no sólo se informó del incendio, la muerte de Van Dyke y su presencia allí, doctor Warren. Le dijeron algo más. Un testigo de una casa vecina, a quien tomó por loco, juró y perjuró que había visto salir a alguien de la casa cuando se empezaban a ver resplandores de fuego en las ventanas del piso de Van Dyke.

—¿A quién vio salir? —demandó roncamente el doctor Warren, palideciendo.

—A una niña.

—¡Una niña! —se horrorizó Irish, cambiando una mirada de pasmo con su padre.

—Eso es. Una niña descalza, cubierta apenas con un delgado camisón blanco, muy viejo… Una niña delgada y pálida, no mayor de

los nueve años... El testigo asegura que esa niña llevaba surcos de sangre en su rostro y en sus ropas... y se movía como una sonámbula, alejándose calle abajo sin prisas. El testigo añadió que algo, quizás un murciélago, revoloteaba en torno de ella todo el camino, hasta desaparecer ambos por la esquina inmediata...

CAPÍTULO IV

Zoltan Dukas tuvo de inmediato el presentimiento de que el día había llegado.

Lo había estado esperando desde hacía años. Pero también había llegado a desesperar de que llegase alguna vez. Y ahora, por fin... era el momento.

El gran momento. El día.

Aferró sus dos bastones de acero, apoyándose en ellos y caminando renqueante hacia la puerta de su vivienda. No necesitaba voces ni llamadas para saber que era el instante esperado y deseado. Algo, dentro de él, se lo decía. El mensaje llegaba de la nada, de la oscuridad. Pero estaba allí. En su mente, en su instinto. Las manos que sujetaban las dos muletas, temblaban de ansiedad. Tras los lentes negros, espejeantes y redondos, su mirada resultaba invisible, pero era fácil imaginar que brillaba jubilosa con la proximidad del gran acontecimiento.

Se tuvo que apoyar en un muro para usar una mano y abrir la puerta. Miró al recién llegado. Se limitó a saludar con voz fría:

—Sé bien venido. Yo soy Zoltan Dukas. ¿Y tú? ¿Quién eres?

—Janos Kovac es mi nombre —dijo el individuo con aspecto de campesino rudo, entrando en la cámara sin esperar a más.

—¿Quién te envía?

—El Maestro —se limitó a recitar Kovac, cuyo rostro curtido y áspero tenía una rara apariencia de lejanía, de no estar allí, pese a su presencia física. Incluso al hablar, sus labios modulaban las palabras sin entonación, sin emoción alguna, como un simple autómata.

—Lo sabía —asintió Dukas, radiante—. Tú eres su emisario. Él está ya aquí, ¿no es cierto?

—Así es. Está aquí, y te espera. Sabes lo que tienes que hacer, ¿verdad?

—Claro. Lo supe siempre. He vivido sólo para esperar este momento supremo. Llévame hasta él.

—Sígueme y te llevaré. El Maestro aguarda impaciente. Tiene prisa por hacer cosas. Muchas cosas.

—Lo comprendo. Ya te sigo. Mis piernas no responden bien. Pero mis manos y mi mente están en perfectas condiciones para cumplir la misión encomendada. No le hagamos esperar más. Vamos ya.

Salieron al exterior. La madrugada era fría y desapacible. Daban las seis de la mañana en un reloj cercano, y estaba comenzando a llover. Janos Kovac, el recién emigrado, y su acompañante de los dos bastones de acero, se movieron bajo la lluvia helada, pegados a los muros de las casas circundantes, hasta alcanzar un coche negro, una *limousine* conducida por alguien que no se movió. Los dos hombres subieron al asiento posterior. El coche comenzó a rodar sobre asfalto mojado, en dirección a un punto concreto de la ciudad.

—Pronto amanecerá —señaló preocupado Dukas—, Eso no nos conviene.

—No importa. Él está oculto, lejos de toda luz solar — informó Kovac—. Dormirá durante el día, pero nada podrá destruirle allí. Tienes tiempo para trabajar. Pero hazlo bien, son sus órdenes.

—Por supuesto —Dukas humedeció sus exangües labios, con un rictus de complacencia en su flaco rostro descolorido, bajo el pelo lacio y muy blanco—. Sé lo que tengo que hacer y cómo hacerlo. El tiempo no cuenta. Lo importante es que El Maestro vuelva a la vida y esté entre nosotros otra vez...

—Exacto. Esta es tu misión. Cúmplela lo mejor que sepas, y el Maestro te guardará eterna gratitud, bien lo sabes.

Asintió Zoltan Dukas. Siguieron el resto del camino. El chófer de la *limousine* negra era un ser silencioso, rígido y enlutado que en momento alguno giró la cabeza ni despegó los labios para nada. Sabía muy bien, al parecer, adónde conducir a sus dos pasajeros.

Tiempo después, el coche se detenía ante un edificio de ladrillos, en un descampado, no lejos de las verjas de un viejo cementerio en desuso, donde se elevaba una iglesia ortodoxa tampoco en buenas condiciones. Algo más allá, se extendía el barrio eslavo de la ciudad. No se adentraron en él. El automóvil negro quedó parado ante la verja del camposanto. Los dos descendieron en silencio. La lluvia arreciaba por momentos. Aún era oscuro, a causa de la época del año en que se hallaban. Pero, como dijera Dukas, pronto aparecerían las primeras luces del día.

Ahora era Kovac quien guiaba al hombre de los dos bastones. Este pareció intrigado por el camino que seguían, penetrando en el recinto funerario. Caminaron sobre las lápidas medio agrietadas o hundidas. No se veía ni una sola cruz, como si alguien se hubiera preocupado de arrancar las pocas que sobrevivieran allí, antes de aventurarse ahora los dos hombres.

Los Cipreses, sobre ellos, se agitaban susurrantes, movidos por la brisa fría y por la lluvia, como cuerpos flacos, erguidos hacia el negro cielo, temblando a causa de un terror desconocido. Tras una hilera de esos Cipreses, Kovac se detuvo.

Delante de ellos había una pequeña casucha, aparentemente

destinada a almacén de útiles de sepulturero y cosas parecidas, anexa a los muros semiderruidos de la iglesia eslava, Kovac fue a la puerta de la caseta, y golpeó de modo preconvenido en ella. Se abrió la misma con un chirrido agrio. Entraron los dos hombres.

Una niña pálida, rígida, manchada de sangre en sus ropas y comisuras de la boca, les acogió en silencio. Dukas la miró, perplejo, impresionado a su pesar.

—¿Quién es ella? —quiso saber.

—Kira, mi hija —informó Kovac mecánicamente—. Es la Elegida del Maestro.

—Entiendo —contempló los dos orificios sanguinolentos de su garganta—. La Elegida... Nunca imaginé que fuese una niña tan pequeña.

—Ella fue quien le encontró y le facilitó la resurrección inicial — explicó Kovac—. Por eso fue la Elegida. Sígueme, Dukas.

Siguieron hacia el fondo del recinto, entre picos, palas, lápidas rotas, féretros astillados y restos de huesos humanos dispersos dentro de ataúdes incompletos o de simples cajas de cartón, alumbrado todo ello por una raquítica vela que temblaba sobre un cajón de madera. La niña se quedó atrás, con su aire espectral y terrible. Los dos hombres llegaron ante una puerta más baja que la de entrada. Kovac la abrió, quitando un cerrojo y un candado. Señaló al interior. Un fétido lóbrego pasadizo en declive, parecía ir a parar desde allí al subsuelo del cementerio.

—Sigamos —invitó Kovac, siempre indiferente—. Son los sótanos de la vieja iglesia. Hay una cripta en ellos. Allí está esperándonos el Maestro.

Descendieron un declive pronunciado, de blanda tierra con fuerte hedor a humedad. Los pies resbalaban en el musgo del lugar. Finalmente, unos pocos escalones de piedra viva, a la claridad amarillenta de una tea sebosa encendida, les condujo hasta una amplia nave subterránea, donde se hallaba abierta una caja de madera con aspecto de contener alguna mercancía. Sobre las tablas, aún se veían signos de tiza de los aduaneros de la ciudad de Nueva York.

Dukas se inclinó sobre la caja abierta. Contempló, absorto, fascinado, el arcón de negras maderas de caoba, forrado de zinc y raso rojo. En el fondo, se veía brillar un anillo de oro con una piedra roja y la letra V en ella, grabada en oro. Pero eso no era todo lo que contenía el pequeño arcón funerario.

Había en él un montón de cenizas sanguinolentas, forman do un oscuro y repugnante amasijo. Reposando encima de todo eso, un murciélago de alas plegadas permanecía quieto, como aletargado, esperando algo. Sus ojos eran extraños. Fosforescentes, de un color rojo sangriento, se fijaron malignamente en Zoltan Dukas. Aquella

criatura alada parecía poseer una fuerza hipnótica profunda, un poder que ningún otro murciélago podía compartir.

—Creo entender —susurró—. Cenizas, sangre... y el murciélago. El proceso evolutivo se quedó a medias, ¿acierto?

—Aciertas —afirmó Kovac—. La sangre de Kira logró el prodigio de devolver la vida a esas cenizas. Pero solamente hasta el actual grado. El Maestro es sólo cerebro y poco más. El vampiro tiene vida y es su forma actual. Pero las demás cenizas son el resto de su persona. La posibilidad de convertirse de nuevo en él mismo, en el barón Vrolok. Entonces, podrá optar a voluntad por sus dos formas, humana o de murciélago. Y será dueño y señor de todas las fuerzas de las Tinieblas, como en otros tiempos, pudiendo esclavizar al mundo entero mediante su poder. En tus manos está esa posibilidad, Dukas. Tú eres el señalado para devolver al Maestro la vida total y absoluta, su forma primitiva... Eres el único poseedor del secreto de la vida física para los que son destruidos mediante la estaca en el corazón...

—Ese conocimiento me costó años enteros de mi vida —afirmó Dukas con un suspiro—. Sabía que un día me sería útil, que el Maestro vendría a mí, a pedirme ayuda. Y yo se la daría. Sí, tienes razón. El Maestro, una vez más, ha sabido guiar bien a sus servidores leales. Soy la persona indicada. Sólo yo en el mundo. Y voy a devolverle la forma humana, como desea. Esas cenizas y esa sangre, unidas a la forma actual del murciélago, formarán un todo armónico. ¡El barón Vrolok, señor de las Tinieblas, Maestro del Mal en la Tierra, volverá a ser quien fue, para terror de sus enemigos!

Y el rostro de Dukas, al decir esas palabras con fanática entonación, se iluminó con un resplandor malévolo, siniestro, de total convicción en su nefasta y diabólica misión a cumplir de inmediato.

* * *

Iba a ser una ceremonia íntima y sencilla.

Pero iba a ser también el momento más importante en la vida de Irish Warren. Por expreso deseo de ambos cónyuges y del padre de ella, la boda se llevaría a cabo de modo discreto, sin publicidad, sin gran número de invitados ni asistencia de la prensa gráfica, a causa de la popularidad del novio como figura radiofónica de moda en Nueva York, gracias a sus programas en las ondas. Ray Mansfield no sólo estaba de acuerdo en ese punto, sino que él mismo había deseado en todo momento la mayor sencillez y recogimiento para un instante que significaba algo íntimo y profundo en su vida, y no un motivo de propaganda, revuelo y bullicio.

Así, día, hora y capilla elegidos, se habían mantenido en absoluto

secreto durante todo el tiempo, salvo para unos pocos, no más de una docena de buenos amigos de ambas familias. Ahora se alegraban de ello, porque tras la trágica muerte de Earl Van Dyke la noche anterior, estaba más justificada aún la discreción de la ceremonia nupcial.

Ray y los Warren habían discutido la posibilidad de aplazar esa boda, pero Ray había sido enérgico al respecto en todo momento:

—Por mí no habrá aplazamiento alguno. No me importa que ese infortunado haya sido víctima posible de un hecho poco claro y ominoso. El riesgo que pueda correr Irish en la vida, lo compartirá en todo momento conmigo. Y haré cuanto esté en mi mano para protegerla de todo mal.

—Desgraciadamente, hijo mío, el mal que nos pueda acechar en estos momentos es difícilmente combatible por mucho que sea tu valor y decisión —le había advertido severamente el doctor Warren.

—Lo sé —afirmó en ese punto el joven radiofonista—. Si es cierto que existen los vampiros, y si realmente ese barón Vrolok ha vuelto a la vida por algún sortilegio inexplicable y amenaza sus vidas, doctor, estoy dispuesto a formar parte de sus iras vengativas y a proteger a Irish con mi propia vida si es preciso. De modo que no se hable más. Por mí, habrá boda en el momento previsto, sin aplazamiento alguno.

Y así era. Iba a haber boda, pese a todo. A las diez de la mañana, hora elegida para la ceremonia, la pequeña capilla de la Segunda Avenida estaba ocupada por los escasos invitados e Irish hacia la entrada en el templo, del brazo de su padre, vistiendo un bello modelo blanco de novia, cuando ya el joven Mansfield, del brazo de su madre, aguardaba al pie del altar la consumación de su enlace matrimonial con la hija del científico.

Ante ellos, el reverendo Willoughby, un buen amigo de los Warren, sonreía blandamente, con los Evangelios en sus manos, dispuesto a bendecir aquella unión ante Dios y ante los hombres.

Nada, por tanto, hacía presagiar en aquellos momentos ninguna sombra tenebrosa sobre la ceremonia.

Y sin embargo...

Sin embargo, en esos precisos momentos, cuando ya el reverendo había hecho las preguntas de ritual a los presentes, solicitando que si alguien deseaba decir algo que quisiera impedir la unión de aquellas dos personas, lo dijese o no lo dijera nunca, comenzó a suceder lo imprevisto.

Desde alguna parte de la capilla, sumida en apacibles sombras matinales, llegó una especie de chillido agudo, chirriante y desagradable, que tuvo la virtud de conmover y sobresaltar a varios de los presentes. Alguien giró la cabeza y vio revolotear algo entre las columnas del templo.

—¡Debe ser una lechuza! —comentó alguien—. Pero parecía más grande...

—Yo juraría... que era un murciélago —apuntó otro.

—Tonterías. Los murciélagos no acostumbran a volar de día, a plena luz —objetó un tercer invitado.

Sin embargo, un sordo aleteo resonó en alguna parte de la capilla, y todos los ojos buscaron instintivamente la presencia del animal alado que interrumpía tan inexplicablemente la ceremonia.

El propio Willoughby, desorientado, interrumpió la ceremonia, para escudriñar las sombras de la capilla, en busca del intruso volador, que golpeaba con su cuerpo, sonoramente, los rincones umbríos del recinto religioso.

—Bien, hermanos, prosigamos con la ceremonia —balbuceó, contrariado, tratando de recomponer la situación lo mejor posible—. Y disculpen lo sucedido. Nunca había ocurrido antes de ahora, la verdad. No sé cuál puede ser ese animal...

—Yo sí —jadeó inesperadamente el doctor Warren, muy pálido, abandonando su emplazamiento de ritual para cubrir de algún modo a su hija, también asustada y con la mirada fija en las sombras donde algo revoloteaba con áspero aleteo.

—Papá, ¿crees que...? —comenzó la joven, cuyo rostro empezaba a diferenciarse menos del blanco de su vestido de novia.

—Calma —pidió con voz grave Ray Mansfield, tomando por una mano a la muchacha y volviéndose también para buscar con la mirada al intruso—. Tal vez no sea lo que imaginamos, querida... Pero conviene estar alerta. Prosiga, reverendo, siga la ceremonia, pese a todo. Tal vez sí hay alguien que pretende interrumpirla, aunque no del modo que marcan las reglas en estos casos...

El reverendo, sin entender, optó por asentir, carraspeó, y comenzó de nuevo, sin dejar de mirar aprensivamente en torno suyo:

—Siendo así, hermanos, reunidos aquí para unir en santo matrimonio a Irish Warren y a Raymond Mansfield, yo os declaro...

No pudo proseguir. Lo que ocurrió acto seguido fue demasiado espantoso. De las sombras, raudo como una flecha, surcó el aire de la capilla una sombra alada, que pareció agigantarse por un momento al atravesar los rayos de claridad diurna que una vidriera de colores proyectaba sobre el altar, y se precipitó sobre el rostro del reverendo.

Este chilló, alzando sus brazos y soltando la Biblia, para proteger su rostro del inesperado ataque. La criatura alada, negra y siniestra, cayó sobre él con demasiada rapidez para que pudiera hacer algo por evitarlo. Ante el horror de todos los presentes, el murciélago, pues tal era la naturaleza del animal, se abatió sobre la faz redonda del sacerdote, y éste emitió un alarido profundo de dolor cuando las garras del animal se hincaron en sus ojos. La sangre brotó de éstos, y

del mismo modo escapó por los profundos orificios de su garganta y sus mejillas, cuando el agresivo mamífero mordió rabiosamente a su víctima. El reverendo, cegado y con sus ojos desgarrados y sangrantes, cayó de rodillas en el altar, rodando luego, entre espasmos, escaleras abajo.

Rápido, Ray cubrió a Irish con su cuerpo, y enarboló uno de los banquillos, golpeando con él en el aire. El murciélago recibió uno de los impactos, emitió un agrio, repulsivo chillido, y revoloteó, planeando amenazadoramente sobre la joven pareja. En vano el doctor Warren había aferrado una cruz del altar, enarbolándola para detener al quiróptero. Este abrió ampliamente sus alas, se elevó hacia el techo, mientras los invitados corrían aterrorizados hacia la salida del templo, y se lanzó sobre los Warren vertiginosamente.

Mansfield arrancó en esta ocasión un tapiz del altar, y lo sujetó con ambas manos, la mirada fija en el animal. Apenas éste planeó sobre el doctor Warren y su hija, ominoso y con las alas desplegadas, arrojó el tapiz, sujetándolo por ambos extremos, y dio caza al monstruo.

El murciélago no pudo evitar que el más simple de los métodos utilizados por la chiquillería en todos los tiempos para cazar a uno de su especie, diera resultado con aquella gigantesca pieza de su especie. El quiróptero quedó apresado en medio de la ancha tela, y Ray la cerró con energía, envolviendo en ella a su adversario, que aleteó furioso, dentro de la misma, pugnando por escapar. El joven arrojó al suelo al animal capturado, sin desenvolverlo, y allí, el doctor Warren, comenzó a golpear su bulto en movimiento, de modo implacable, con el pesado candelabro que tomara un momento antes de un lateral del altar.

Los chillidos y sacudidas del animal, dentro de su encierro, eran violentos, desesperados. Pero el doctor golpeaba y golpeaba, sin cesar, hasta que los movimientos fueron cesando, y dentro quedó una forma inerte, medio aplastada. La sangre mojó la tela del tapiz y la muchacha gimió entre dientes, abrazándose aterrada a Ray.

—Serénate —dijo él—. Creo que ese enemigo está liquidado, cuando menos…

Y cuidadosamente, desenvolvió el tapiz, comprobando que el feroz alado ya no era más que un amasijo sanguinolento e informe, que ni siquiera se movía. Ambos hombres se miraron un instante, demudados.

—¿Cree que este animal podía ser…? —comenzó Ray.

El doctor negó con la cabeza, jadeante y sudoroso.

—No, no —rechazó—. *El*… nunca hubiera atacado, estando la cruz ante sí, y menos dentro de un templo cristiano. Creo que se trata sólo de un animal controlado, sometido a su nefasta influencia…

Se arrodilló junto al reverendo, cuyo cuello, desgarrado por el ataque del quiróptero, chorreaba abundante sangre. Le bastó una mirada para comprobar lo que ya temía. Miró a ambos jóvenes, meneando negativamente la cabeza.

El bueno de Willoughby ya no podrá casarnos. Está muerto. Dios le acoja en su seno...

El horror estremeció a ambos novios. El templo se había quedado vacío. Repentinamente, Ray tuvo una sospecha. Soltó a Irish, depositándola en brazos de su padre.

—¡Esperadme aquí! —rogó con voz ronca. Y echó a correr hacia la salida de la capilla.

Algunos de los invitados cruzaban a todo correr la calle, ante el pasmo y enfado de algunos automovilistas. Otros se agrupaban en la acera, mirando temerosos hacia la puerta del templo, sin atreverse a regresar. Ray Mansfield corrió acera arriba y abajo, en busca de algo o de alguien.

Sus ojos se fijaron de inmediato en la esquina del otro lado de la calle. Su mirada se cruzó con la de una persona insólita. Sin saber la causa, sintió un escalofrío profundo, corriendo por su espina dorsal hasta erizar los cabellos de su nuca.

Estaba contemplando a una niña.

Una niña delgada, pálida, pobremente vestida, con aspecto de extranjera, mirándole fijamente desde la otra acera, con aire de trance. Al chocar sus miradas, comenzó a dar lentamente media vuelta. Ray tuvo la extraña impresión de que parecía una sonámbula.

—¡Espera! —gritó con voz potente—, ¡Espera, muchacha!

Y cruzó a la carrera, para intentar darle alcance.

Tuvo que detenerse, entre una furgoneta comercial y un automóvil descapotable, cuando ambos conductores atronaron la calle con sus claxons, irritados por la intrusión del peatón en plena calzada, sin atender a semáforos ni a paso de peatones. Ray tuvo que describir un zigzagueo para eludir a otros coches y alcanzar la acera.

En ese momento, la niña desaparecía dentro de una *limousine* negra, que arrancaba de inmediato, mezclándose entre el tráfico matinal de Manhattan Ray se esforzó por darle alcance, sorteando nuevos vehículos temerariamente, y siendo objeto de mil improperios. El automóvil negro dobló la esquina siguiente, y dejó de verlo. Cuando alcanzó esa esquina, ya no había el menor rastro de él.

Regresó lenta, abatidamente, a la iglesia. Ya varios agentes uniformados acudían a ella, requeridos por los invitados a la ceremonia nupcial. Ray penetró en la capilla, reuniéndose con los Warren, que le miraron, preocupados y curiosos.

—Vi a alguien fuera —dijo roncamente Mansfield.

—¿A quién? —quiso saber el doctor.

—A una niña.

—¡Una niña! —se sorprendió Warren, pestañeando.

—Parecía en trance. Como si esperase algo. Al verme salir dio media vuelta y se metió en un coche negro que huyó. Se movía igual que si fuese sonámbula, doctor. Y parecía extranjera...

—Dios mío... —murmuró el médico, abrazando con fuerza a su hija—. Tal vez esté poseída por *El... y* fue quien condujo aquí a ese murciélago asesino... Esto se pone cada vez peor, hijos míos. ¿Qué podemos hacer ahora?

—Cualquier cosa menos casarnos —suspiró Irish, ensombrecida —. Por favor, volvamos a casa cuanto antes...

—Sí, volvamos —admitió su padre, abatido, tras mirar a Ray, que asintió con la cabeza.

La policía poco pudo hacer allí. No les contaron nada de lo que sospechaban, porque les hubieran tachado de locos. El caso se dictaminó como el ataque de un animal enloquecido, causando la muerte de una persona, y eso fue todo. Loa Warren y Ray iniciaron su triste regreso a casa.

Allí les esperaba una sorpresa. Nelly, la doncella, apenas les hubo abierto la puerta, tendió un sobre cerrado al doctor Warren.

—Es para usted, doctor —dijo—. Acaba de llegar en el correo...

El doctor miró indiferente la misiva dirigida a él. Pero de inmediato se excitó, apresurándose a rasgar el sobre tras examinar su letra nerviosa y puntiaguda.

—¡Es de Earl! —manifestó roncamente—. ¡Es una carta de Earl Van Dyke...! Tal vez pudo decirnos algo más, antes de morir...

CAPÍTULO V

En efecto. Les decía algo más. Bastante más.

Reunidos los tres en el living, ante el fuego, las manos de Irish entre las fuertes y enérgicas de Ray, el doctor Warren carraspeó, antes de leer a los dos jóvenes el texto póstumo de su amigo, sacrificado por el horror de las tinieblas, lo mismo que lo fuera aquella misma mañana el reverendo Willoughby ante todos los invitados a la fallida boda.

—«Querido amigo Neil —comenzó leyendo el médico—. Te escribo estas líneas apresuradamente, para echarlas al correo de inmediato. Tal vez sea innecesario, pero mucho me temo que no tenga otra ocasión de comunicar contigo en este mundo. Presiento lo peor. Y sabes que rara vez me equivoco. He tenido una de mis visiones. Pude ver claramente al Maestro. Está aquí, Neil. Entre nosotros. En el mismísimo Nueva York, estoy seguro. La visión fue clara. Ya sé que acabasteis con él aquel día en Transilvania. Pero algo ha sucedido, no sé qué. Algo relacionado con una niña, un gato, un arañazo... y sangre de esa niña. Las cenizas reviven gracias a la sangre de un ser humano, es un rito tan antiguo como los propios vampiros.»

Hizo una pausa y miró angustiado a Ray, temiendo que el joven no creyera una sola palabra de aquella carta. Sin embargo, el rostro del radiofonista aparecía sombrío y crispado, la mirada fija en la lumbre del hogar. Era obvio que *si* creía.

—«Debéis poneros a salvo los dos, tu hija y tú. Si ha venido aquí, no es sólo para volver a ser quien siempre fue, sino para tomar cumplida venganza de quienes clavaron la estaca en su corazón aquel día de 1930. Lo sé. No me preguntes cómo, pero lo sé, y tú me entiendes bien. Ese monstruo ha debido venir porque la metamorfosis de cenizas y sangre en carne humana no ha sido conseguida totalmente. He examinado ahora unos viejos escritos míos sobre el tema. Hablan de un hombre en América que podrá devolver la vida al vampiro sacrificado en la forma ritual, siempre que la sangre inocente que moja sus cenizas sea de una criatura pura y sana. Ese hombre, según los informes que obran en mi poder, tiene que ser necesariamente Zoltan Dukas, un húngaro ocultista que se especializó hace más de veinte años en vampirismo, y que domina la ciencia de revivir al Maestro si éste está en trance de resurrección como ente

humano. Es posible que, de momento, sólo adopte forma de murciélago. Pero tiene a la niña. He podido verlo. Y esa niña es su mano derecha, su espíritu, su fuerza actual, mientras recupera su propia fortaleza y poder. Cuidado, Neil. Cuidado con la niña. Y cuidado con el Maestro. Estáis amenazados, lo sé. Yo mismo lo estoy, quizás para que no os revele todo esto. Por eso me apresuro a echar la carta al correo... y que Dios me ayude. Volveré a casa apenas deposite esto en el buzón, y trataré de localizarte. Si no... ruega por mi querido amigo. Lo necesitaré. Tuyo incondicionalmente:

Earl Van Dyke.»

Dejó caer la misiva sobre la mesa, con un suspiro. Irish se acurrucó contra Ray, temblorosa. Este cambió una mirada ceñuda con el doctor, sin despegar los labios.

—Earl era vidente —musitó Irish—. Hay que creerle. Ya se ha ido confirmando todo, paso a paso, ¿no es cierto, Ray?

—Sí —afirmó éste—. Incluso lo de la niña... Debe ser eslava, acaso llegó de Transilvania.

—Con los restos del Maestro con ella —jadeó Warren, trémulo—. Así debió ocurrir. Ahora, ese Zoltan Dukas puede estar procediendo a devolver la vida al barón Vrolok...

—La niña no pudo entrar sola en el país, si procede de Transilvania —objetó secamente Mansfield, frotándose el mentón.

—¿Qué estás pensando?

—Algo muy simple: el Vampiro ha tenido que utilizar a la niña a su servicio, sí. Pero también a alguien más que la trajera hasta Nueva York.

—¡Una familia!

—Eso es, doctor. Una familia eslava. Entran muchas en los Estados Unidos al cabo del año, es cierto. Puede ser cualquiera. Pero ¿dónde se alojan habitualmente esas familias cuando llegan a Nueva York?

—Normalmente, siendo humildes y necesitadas... en la Pequeña Eslovaquia.

—¿Qué es eso, papá? —se interesó Irish.

—Es como se llama un barrio de eslavos, en una zona suburbana de la ciudad. Sé dónde está, Ray. ¿Adónde pretendes ir a parar con esas deducciones?

—A algo muy sencillo: es preciso atacar antes de que nos ataquen, doctor. Dejamos a Irish en casa y vayamos a visitar ese barrio eslavo, ¿le parece bien?

—Dios mío, no me quedaría sola aquí por nada del mundo —gimió Irish, asustada.

—Es necesario, querida —la calmó Ray—. No podemos correr el

riesgo de que te acerques demasiado a ese monstruo. Piensa que sin duda serás tú la primera víctima elegida por él. Siempre tuvo predilección por las mujeres.

—Eso es cierto. Pero será preciso protegerla de alguna forma… —objetó Warren.

—Existe un medio tradicional, ¿no, doctor? Imagino que no será estéril en este caso…

—Te entiendo —afirmó el médico—. Sí, Irish. Mientras esto dure, llenaremos de ajos y de muérdago esta casa. Tú no dejes de llevar la cruz contigo. Eso dará poco resultado con otros seres, como esa niña que menciona Earl en su carta, pero mantendrá siempre a raya al propio Vrolok. No te olvides de llevar la cruz en tu cuello en todo momento… y estar donde los ajos te rodeen. Sabes que es lo mejor.

—Sí, papá. En ese caso, creo que no tendré nada que temer aquí dentro. Pero no tardéis en volver, os lo ruego.

—Descuida. Esta tarde, después de almorzar, iremos a la pequeña Eslovaquia. Para entonces, Nelly habrá conseguido adquirir todos los ajos y muérdago necesario.

* * *

Los dos hombres se detuvieron ante la alta verja enmohecida que separaba la calle repleta de tenderetes y puestos ambulantes, del abandonado cementerio de lápidas agrietadas, a espaldas de una antigua iglesia ortodoxa a punto de derribo. Leyeron el cartel de la inmobiliaria, anunciando la proximidad de las obras. Se miraron ambos.

—Curioso, ¿eh? —comentó Ray Mansfield—. Un viejo cementerio junto al barrio eslavo. Y no tiene ni una sola cruz.

El doctor Warren frunció el ceño y asintió, tras recorrer con una mirada las ruinosas sepulturas entre la vegetación silvestre, al otro lado de la verja.

—Puede ser casual, al utilizar alguien el mármol de las cruces… o quizás no —admitió entre dientes. Resulta difícil de saber. De todos modos, no me gusta este lugar.

—A mí tampoco —volvió la cabeza hacia la calzada, donde varios grupos de niños jugaban entre sí, peleando con espadas y lanzas de madera, en una infantil parodia de alguna batalla medieval vista en el cine. Escudriñó las fachadas mugrientas de las casas de vecindad habitadas por los emigrantes eslavos. En la calle, las voces de los vendedores ambulantes entremezclaban vocablos de su lejana tierra entre el inglés imperfecto de sus pregones.

—Nada mejor para buscar a una niña que hablar con otros niños

—señaló Ray, pensativo, avanzando hacia los pequeños que se batían en descomunal duelo con sus toscas espadas de madera.

Esperó a que un grupo ganase la batalla al otro, para inclinarse entre ellos y repartirles unos paquetes de golosinas que adquirió a un buhonero de la calle. Los pequeños tomaron el regalo, entre felices y recelosos. Le miraron, nada confiados.

—Hola, amigos —saludó Ray jovialmente—. ¿Os gustan los dulces?

—Mucho —dijo uno, más comunicativo—. Pero ¿por qué nos los da? Son caros...

—Bueno, veréis. Yo trabajo en la radio. Y voy a hacer un programa para niños muy pronto. ¿Os gustaría salir en él y que vuestros padres oyeran vuestras voces por la radio?

—¡Oh, eso sería estupendo! —afirmó entusiasmado uno de los niños. Para añadir de inmediato con voz triste—: Claro que nosotros no tenemos radio.

—Podrías venir a mí casa a oírlo —terció otro niño—. A papá no creo que le importase que vinieras, si también escuchaban mi voz por la radio... ¿De veras trabaja usted en la radio?

—Sí, de veras —sonrió Ray amablemente—. Pero también me gustaría llevar a una niña a mí programa. Estoy buscan do a una que conocí esta mañana, una muy delgadita y pálida, de pelo largo... Parece caminar siempre distraída...

—¡Oh, ésa es la de los recién llegados, seguro! —declaró el niño que hablara primero, tirando su espada de madera junto a la verja del cementerio, para poder abrir la bolsa de caramelos y echárselos a puñados, golosamente, en la boca.

—¿Recién llegados? —Ray Mansfield miró vivamente al que habló—. Sí, creo que me dijo algo así, pero olvidó decirme su nombre...

—Es Kira —terció otro—. Kira Iozesku, la hija de los Iozesku. Mamá les ha fiado hoy por primera vez en la tienda, yo estaba allí. Se llaman Iozesku. Pero su hija parece tonta. No habla con nadie. Seguro que tampoco hablará por radio, señor. Perderá su tiempo con ella... ¿Por qué no busca mejor a Irina? Es más habladora, y además tiene unos... unos... —e hizo un expresivo gesto con las manos, señalando algo abultado en el torso, que hizo reír maliciosamente a los demás niños.

—Sí, hay quien la llama «la Mae West» —rió otro, enrojeciendo.

—Eso está mal, chicos —les reprendió suavemente Ray, dominando una sonrisa—. No debéis fijaros en esas cosas.

—¡Pero, señor, es que Irina tiene unas...! —se contuvo el niño—. Bueno, ya sabe. Uno no puede por menos que fijarse. Y como le gusta enseñarlas...

—Ya basta —cortó Ray—, Me gustaría ver a esa chica, Kira, a pesar de todo. Tal vez consiga que hable en la radio. Pero no sé dónde buscarla.

—Es fácil. Vaya allí, señor, a aquella casa de ladrillos rojos —señaló el niño hacia un edificio en concreto—. El tercer piso, ¿ve? Donde hay una camisa de franela roja colgada a secar... Es allí. Viven juntos los Kovac y los Iozesku. Creo que son familia.

Ray les dio las gracias, y se reunió con el doctor Warren, encaminándose ambos resueltamente hacia la casa. Los pequeños siguieron comiendo dulces y jugando con sus armas hechas de tablas claveteadas, a excepción del más goloso, que se olvidó de su espada de madera para sentarse en otra acera, saboreando los caramelos a puñados.

—Es ahí —dijo Ray, mirando disimuladamente hacia la tercera planta de la casa—. Donde la camiseta roja, doctor. Son dos familias, parientes entre sí.

—Aquí, casi todo el mundo es pariente —murmuró el médico, moviendo tristemente la cabeza—. Pobres gentes... Abandonan su tierra y su miseria para venir en busca del paraíso, y se encuentran otro infierno de pobreza y privaciones. América no es lo que les dicen allí, ambos lo sabemos.

Y menos ahora, ¿verdad?

—Verdad —suspiró Ray Mansfield, pensativo. Recorrió la hilera de angostas ventanas con disimulo. De pronto se puso rígido. Una sombra pálida se apartó vivamente de la ventana—. ¡Es ella!

—¿Quién?

—La niña... Me ha visto. Miró hacia mí, directamente. ¡Vamos, doctor, tal vez se nos escape otra vez de entre las manos, maldita criatura!

Echaron a correr hacia la entrada de la casa, apartando niños y gente que compraba en la calle. Penetraron en el portal, profundo, lóbrego. Un fuerte olor a cocina hirió su olfato. Corrieron escaleras arriba, hacia la tercera planta, sin encontrar obstáculos en su camino. Se detuvieron ante la puerta de aquel rellano a la que sin duda correspondían las ventanas en cuestión. Había otras tres puertas más en la planta. Ray llamó con fuerza en la entrada. Tardaron en abrir.

Al hacerlo, apareció un hombre robusto, aunque algo pálido y con la mirada turbia, que les contempló sorprendido.

—¿Qué desean ustedes? —parecía desconcertado por su elegancia—. ¿Seguro que no se han equivocado?

—Buscamos a los Kovac y a los Iozesku —dijo con firmeza el doctor.

—Yo soy Laszlo Kovac, señor —respondió el hombre—. Si son de Inmigración o de Hacienda, les aseguro que estamos legalmente en el

país y pagamos puntualmente los impuestos que…

—No somos de nada de eso, señor Kovac —negó Ray, rotundo—. Queremos ver cuanto antes a la niña Kira. Es muy importante.

—¿Kira? —balbuceó Kovac, desconcertado—. No está…

—Está, señor Kovac. La vi hace un instante en la ventana —afirmó Kay, rotundo. Y apartó a Kovac con energía, entrando en la humilde casa, siguiéndoles sin protestar por su violenta intrusión en su hogar—. Acaban de salir ella y sus padres ahora mismo…

—¡Los tres se han ido! —cambió una mirada con el doctor—. Pero no los hemos visto en la escalera, señor Kovac. ¿Seguro que nos dice la verdad?

—Oh, sí, ¿por qué habría de mentirles? Mis parientes han salido a toda prisa de casa. Creí que habrían bajado a la calle. Tal vez subieran a la azotea, no sé…

Rápidamente, Ray comprobó que no había nadie en la casa, salvo una mujer, también robusta, aunque sumamente pálida para su aspecto físico, que pelaba patatas en la cocina. Los ojos de Ray buscaron algo por doquier. No lo halló. No había ajos en aquella cocina. Algo raro, para una gente europea, habituada a la cocina eslava…

—¡Doctor, mire a estos dos! —gritó roncamente, precipitándose hacia la escalera—. Me temo que están vampirizados…

El doctor Warren, sorprendido, pestañeó. Luego asintió, fue hacia la buena mujer, y le arrancó el pañuelo que llevaba al cuello. Descubrió una doble incisión en su cuello, sobre la yugular. Ella le miró, asustada, cubriéndose en vano la parte herida. El doctor extrajo un crucifijo de plata de su bolsillo y lo agitó ante la mujer. Ella chilló, despavorida, retorciéndose como si sufriera un terrible dolor. Kovac entró en ese momento en la cocina. Trató de apartar al doctor de su mujer, pero al encararse con la cruz, emitió un chillido exasperado y retrocedió. Implacable, el enérgico doctor fue hacia él y le arrancó de un tirón la bufanda que ceñía al cuello.

La huella del vampiro sobre su garganta apareció nítida, acusadora.

—Pobre gente… —jadeó Warren, manteniendo fieramente la cruz en alto ante los dos—. Acogieron a unos parientes, sin saber que metían al diablo en casa…

Mientras tanto, Ray Mansfield llegaba a la azotea, repleta de ropa puesta a secar, tendida en alambres de un extremo a otro. Había tanta, que era tarca ímproba ir pasando por aquellas hileras de prendas y recorrer la terraza completa. No halló rastro alguno de los Iozesku ni de persona alguna. Miró al cielo nuboso, que empezaba a oscurecer con rapidez, dada la época del año en que se encontraban. Vaciló, indeciso. Luego, tuvo una repentina idea.

—Tal vez subieron mientras nosotros subíamos a casa de los Kovac... para luego descender, mientras nosotros permanecíamos dentro del piso —murmuró, precipitándose hacia la barandilla de la azotea que asomaba a la calle.

Comprobó pronto que su teoría era cierta. Un hombre y una mujer de aspecto de campesinos eslavos, cruzaban la calle, entre los tenderetes callejeros. La misma niña pálida y triste que viera en la Segunda Avenida, frente a la capilla, y luego en la ventana de aquella vivienda, parecía guiarles hacia alguna parte. Los Iozesku se escapaban.

Se apartó velozmente de la barandilla, para correr escaleras abajo, salvando los peldaños de tres en tres, para reunir se con el doctor Warren, que mantenía cabizbajos y a raya a los Kovac, con la cruz en alto. Mansfield comprendió. Pero su interés ahora estaba en los parientes recién llegados de Transilvania.

—¡Doctor, la niña y sus padres estaban cruzando la calle hacia la verja del cementerio! —voceó, sin detenerse—. ¡Me temo que intentan escapar de nosotros!

Siguió hacia abajo, a la carrera, sin esperar a comprobar si el doctor le seguía o no. Alcanzó la calle y se precipitó entre los puestos ambulantes, estando a punto de derribar dos de ellos con toda su mercancía de verduras y frutas. Evitó a los niños que jugaban, y llegó al final de la calle. Se quedó parado ante la alta verja del cementerio viejo. Sólo los Cipreses, moviéndose débilmente a impulsos de la fresca brisa de la tarde, daban alguna señal de vida en el recinto funerario.

De los Iozesku, ni el menor rastro.

—Dios, no pueden haberse evaporado en el aire... ni siquiera ellos —murmuró el joven, desorientado.

Los niños seguían jugando. Volvió a ellos, preguntándoles adónde habían ido los Iozesku. Ninguno había parado atención en ellos, embebidos como estaban en sus juegos.

No sabían nada, y parecían sinceros al declararlo así.

El doctor Warren apareció en la puerta de la casa, ensombrecido, reuniéndose con él.

—Pobre gente... Los Kovac, quiero decir. Están como alelados. Creo que les iban succionando la sangre progresivamente, vampirizándoles poco a poco. Debe de ser la niña... Es una discípula fiel de su Maestro. Tiene a Vrolok en su mente y su alma pobre criatura. Ya no es ella. Y cuando él cobre vida, la destruirá como a todos, convirtiéndola en una *no-muerta,* un ser que no puede morir, pero que tampoco vive más que durante la noche, y obteniendo sangre de sus víctimas... Dejemos eso, Ray. ¿Adónde han ido los Iozesku ahora?

—No lo sé. Nadie les ha visto. Se evaporaron, doctor, sin dejar rastro.

—Yo apostaría por el cementerio —dijo sombríamente el médico, clavando sus ojos en la verja oxidada.

—Yo también —suspiró Mansfield—. Pero ¿en qué punto de ese cementerio? Pueden ocultarse en cualquier tumba...

—Trataremos de comprobarlo por nosotros mismos —dirigió una aprensiva mirada al cielo, cada vez más oscuro—. Debemos darnos prisa. No me gastaría que la noche nos sorprendiera ahí dentro. Vrolok puede recobrar su forma humana en cualquier momento, y recuperar así sus poderes maléficos en toda su terrible magnitud.

—Vayamos ya. Cuanto antes lo hagamos, tanto mejor, doctor. Tampoco me seduce la idea de que Irish esté sola en casa cuando se hace de noche, por muchos ajos y muérdago que la rodeen.

Los dos hombres salvaron la verja saltando limpiamente por encima de ella, para caer al otro lado, sobre los hierbajos que crecían salvajemente entre residuos de lápidas e inscripciones funerarias. Bajo la sombra de los Cipreses, estremecidos por el aire, la oscuridad vespertina se hacía aún más intensa.

—Tú ve por ese lado —ordenó el doctor Warren. Yo lo haré por éste para reunimos junto al muro posterior de la iglesia. Este cementerio es endiabladamente grande para recorrerlo los dos a la vez.

Asintió Ray, separándose uno del otro para iniciar la búsqueda entre los Cipreses y las fosas, antes de que la oscuridad creciente se hiciera total, dificultando la búsqueda por un lado... y creando un evidente riesgo por otro, dada la naturaleza de lo que andaban buscando.

Ray pisó con cuidado el suelo, porque éste cedía en muchos sitios, revelando la presencia de huecos en el terreno, a veces entre fragmento de lápidas o sobre el hoyo de una fosa. En una ocasión llegó a hundir una pierna en una abertura repentina, y vislumbró al fondo del hoyo las blanquecinas manchas que formaban un hacinamiento de huesos humanos. Una calavera, con sus vacías cuencas, pareció mirarle con reproche desde la tierra del fondo, helada la sonrisa en su boca descarnada.

Logró salir fácilmente del atolladero, para seguir la búsqueda por el recinto. Se detuvo un momento ante una casucha de madera y adobe, rematada por un tejadillo de uralita. Se aproximó lentamente. Empujó la puerta, que cedió con un chirrido.

Escudriñó el interior, con sus nervios en tensión. Descubrió varios féretros abiertos todos carcomidos por el tiempo y la humedad, uno de ellos conteniendo un esqueleto intacto. Otros restos de ataúdes aparecían dispersos entre fragmentos de lápidas rotas, picos y palas.

Al fondo, contra un muro sin duda, se amontonaban cajas y féretros podridos. No vio nada más, retirándose tras cerrar de nuevo la puerta. No llegó a ver la entrada del fondo, porque había sido bien disimula da con aquellos cajones y ataúdes.

Se reunió con el doctor Warren, ya junto a la pared de la vieja iglesia ortodoxa. Ambos se miraron con desaliento. La oscuridad era tal, que casi no se veían sus rostros, salvo por la leve mancha pálida que destacaba en la sombra.

—Nada —masculló el doctor, contrariado.

—Nada tampoco —corroboró Ray—, Sin embargo, sigo pensando que siguen aquí, en alguna parte de este recinto fúnebre…

—Tal vez sí, o tal vez no —se encogió de hombros el médico—. Poco resolveremos, de todos modos, quedándonos aquí. ¿Vienes a casa, Ray? Mañana podemos iniciar otra búsqueda más intensa…

—Me temo que no haya otro remedio… —volvió a mirar en torno, desalentado, y echó a andar hacia la verja exterior—. En marcha, doctor. Será preferible estar cuanto antes al lado de Irish…

CAPÍTULO VI

La cena fue fría y silenciosa.

Todos estaban sombríos en la casa, pese a estar reunidos en una misma mesa, a la luz de las lámparas, y ante un menú bien servido por la eficiente Nelly.

Ajos a ristras colgaban de los muros y puertas de la casa. La mirada de la doncella hacia tan tosco y estrafalario ador no, sobre todo para una mentalidad típicamente americana, resultaba harto expresiva.

—¿Ahora, cuándo será la boda? —preguntó el doctor a los postres, sin querer abordar otro tema menos grato.

—Enseguida —afirmó con rotundidad—. Ese maldito ser del infierno no va a lograr romper nuestra unión, haga lo que haga.

—No hables así, Ray querido —suplicó ella—. Desconoces el poder que tiene ese ser odioso...

—Lo imagino fácilmente. El doctor ha llevado al hospital esta misma tarde a los Kovac. Son como dos enfermos a punto de morir. Los médicos no saben si salvarán sus vidas. Dicen que desconocen el mal que ellos padecen. Nosotros sabemos cuál es, pero nadie nos creería. Cuando muera definitivamente Vrolok, todo eso desaparecerá de los infelices Kovac, si no me equivoco.

—No te equivocas. Lo malo que Vrolok no sólo no ha dejado de existir totalmente, sino que intuyo que en estos momentos, ese hombre, Dukas, debe estar trabajando por devolverle sus poderes y su fuerza primitivos. Como antes de clavar yo la estaca en su corazón, aquel día en el castillo de los Cárpatos...

—Si halláramos a los Iozesku, estoy seguro de que encontraríamos también al barón — apuntó Ray con firmeza.

—Posiblemente. Pero ¿dónde hallar a los Iozesku ahora? Ya viste que no es tarea fácil. Sabía la niña que íbamos a por ella. Y se fue con sus padres, a los que sin duda ha vampirizado también para manejarlos a su antojo, por orden del Maestro, que es ahora dueño absoluto de su mente y de sus sentidos. En realidad, utiliza a la niña como el vehículo de su propia inteligencia maligna, en tanto obtiene su propio cuerpo de esas cenizas ensangrentadas.

La charla siguió por parecidos derroteros. Aunque el doctor invitó a Ray a quedarse aquella noche con ellos, ocupando el cuarto

de invitados, el joven rechazó la oferta, optando por ir a su casa y regresar al otro día a primera hora. Se despidió de Irish afirmando que para entonces estaría todo dispuesto para celebrar la ceremonia nupcial de inmediato, en un sitio y hora que sólo él sabría, para evitar que el Vampiro a través de Kira, pudiese interrumpirla de nuevo.

Cuando cerraron la puerta de entrada, de la que colgaba la inevitable ristra de ajos, padre e hija se abrazaron, profundamente preocupados.

—Tengo miedo, papá... —confesó apagadamente la joven.

—Yo también, hija. Yo también —admitió su padre con tono sombrío.

* * *

Al fin, tras casi veinticuatro horas ininterrumpidas de esfuerzos, de conjuros y de ritos ocultistas, mezclados con una alquimia cuyo secreto sólo conocía Zoltan Dukas.

El Maestro estaba vivo. Había vuelto a ser el que era.

Del féretro donde antes reposaban repugnantes cenizas bañadas en sangre seca infantil, ahora emergía una figura impresionante y terrible, envuelta en el negro tejido de su indumentaria, flotante la amplia capa, como las alas de un enorme murciélago.

El barón Vrolok, con sus ojos oscuros y profundos como la misma noche, con su rostro anguloso y lívido, su cabello negro, salpicado de canas, su nariz halconada y su boca exangüe, sus manos larguísimas, huesudas y aristocráticas, en una de las cuales centelleaba la roja gema con la letra V de su estirpe maldita, se levantaba solemne, majestuoso, en el recinto subterráneo alumbrado por hachones sebosos y velas goteantes. Unos pocos murciélagos chillaban, revoloteando sobre la dantesca escena que tenía lugar en aquel recinto de pesadilla, como si algo en el ambiente llegara a sus peludos cuerpecillos oscuros, viscosos y alados, transmitido por la mente de aquel monstruo arrogante y altivo que volvía de la nada.

—Lo logré... Lo logré... —jadeó Dukas, contemplando fascinado al ser que traía de las tinieblas y de las cenizas—. ¡El barón Vrolok ha vuelto a ser él mismo! Soy vuestro más humilde siervo, señor...

Se dejó caer de rodillas, anonadado ante aquel ser esquelético y frío, cuyas heladas pupilas recorrieron los rostros de la niña Kira, de sus padres en trance y del propio Dukas, su salvador. Majestuosamente, movió sus blancas manos huesudas.

—Os recompensaré a todos debidamente. Soy generoso con quienes me sirven... ¡y despiadado con los que me atacan! — sus ojos centellearon con un destello escarlata allá en el fondo—. Los Warren...

Ellos clavaron la estaca maldita en mi pecho... ¡Y ellos pagarán su culpa de forma horrible, lo juré al convertirme en cenizas aquel día!

Se aproximó a Kira. Hincó sus incisivos, afilados, agudos, blancos y centelleantes, en el cuello de la criatura. Succionó abundante sangre, que corrió por el cuello-de la niña y empapó su camisón sobre los pechitos apenas incipientes. El monstruo se apartó, relamiéndose complacido, sangrantes los labios, inyectados de placer y gula los ojos. Repitió la operación en los Iozesku, padre y madre, ensañándose preferentemente en la hembra, cuyas recias carnes temblaron al recibir la dentellada succionante.

Por fin, se volvió hacia Dukas que, aterrado, alzó su mano implorante, dilatándose sus ojos con un repentino pavor.

—¡No, no! ¡Yo, no, Maestro! —suplicó—. ¡Yo te devolví la vida, no me hagas eso!

—Dije que te compensaría. ¿Hay algo mejor que darte vida eterna, Dukas, mi fiel amigo? Serás uno de nosotros por los siglos de los siglos...

—No, esa clase de vida, no... —sollozó el húngaro, tambaleante al perder sus muletas y rodar por tierra, a pies del Vampiro—. ¡Eso, no, Maestro, mi señor!

Todo era inútil. Rió sorda, profundamente, el señor de las tinieblas. Inclinóse sobre Dukas y clavó los incisivos sangrantes en su yugular. El ocultista gimió, retorciéndose de dolor, para quedar exánime cuando el Maestro terminó con él. Ni una gota de sangre quedaba ya en aquel cuerpo fláccido y encogido. Zoltan Dukas había recibido el justo premio a su labor. Cuando volviera en sí, sólo sería un cadáver viviente, uno más en la corte siniestra del barón Vrolok. El blanco de los ojos del barón, destilaban ahora sangre, hasta gotear por sus párpados y pestañas.

Emitió una terrorífica carcajada de placer y extendió su capa como si fueran unas inmensas alas. Su cuerpo experimentó una metamorfosis fantástica, convirtiéndose paulatinamente en un murciélago semejante a cualquier otro, y voló hacia la salida del subterráneo. Sólo ante la puerta de acceso a la choza del sepulturero, recuperó de nuevo su forma, para abrir la salida. Apenas pisó el suelo del cementerio, remontó el vuelo, convertido otra vez en murciélago, y voló lejos del barrio eslavo.

De detrás de una vieja lápida adosada contra un ciprés, emergió una sombra humana. Los ojos de Ray Mansfield siguieron perplejo el vuelo del murciélago que poco antes tuviera forma humana. La visión apenas si había durado dos segundos. Pero era suficiente.

—¡El Maestro! —jadeó—. Lo sabía... Sabía que volviendo aquí acabaría por dar con él... De modo que esa choza era el escondrijo... A él volverá sin duda, cuando esté ahíto de sangre humana... Y me

encontrará en él a su regreso.

Avanzó, decidido, entrando en la choza, en cuyo interior advirtió la presencia de la puerta del fondo, tras los cajones y restos de ataúdes. Franqueó también esa entrada, empuñando una cruz en su diestra, y una linterna eléctrica en su roano zurda. Alumbró la rampa que descendía al subterráneo. Avanzó hasta los escalones, que recorrió en silencio, llegando al sótano maloliente y húmedo. Vio brillar las luces de hachones y velas. Caminó muy despacio hacia ellas…

De repente, la oscuridad se llenó de formas vivientes. Kira, los Iozesku, el demacrado y exangüe Dukas… Todos, rígidos y como en trance, se movieron hacia él. Ray dio un paso atrás, alzando la cruz ante sí. Las llamas se reflejaron en ella, haciendo centellear el metal, que casi cegó a Dukas. El nuevo vampiro emitió un chillido terrible y retrocedió, encogiéndose lívido ante el signo del Bien. En cambio, los Iozesku no reaccionaron de igual modo. Ray comprendió, demasiado tarde, que la niña y sus padres no estaban aún totalmente vampirizados, porque conservaban todavía sangre propia en sus venas. El padre de la inquietante criatura ensangrentada le arrojó un ladrillo violentamente a la cabeza.

Ray recibió el impacto en la sien. Notó que corría sangre por ella, y perdía la noción de todo. El crucifijo escapó de sus dedos, soltó también la linterna, y rodó de bruces ante los vampirizados. Estos, a la vista de su sangre, corriendo desde la frente al suelo, se inclinaron ávidos hacia él, dispuestos a succionarle el rojo líquido de la vida…

CAPÍTULO VII

Nelly dormía tranquilamente en el ala de servicio. Ella no había hecho como sus patrones, rodearse de ajos por doquier, pese a la insistencia del doctor Warren en ese sentido. Lo consideraba una perfecta tontería, y había prescindido de tan incómodo y poco estético adorno. Se decía la joven y pizpireta doncella de los Warren que a veces la gente tenía extrañas manías, y ésa era una de las más excéntricas que jamás había visto.

De repente, se incorporó, despertando de su sueño con una rara sensación. Miró a la ventana abierta, por la que el fresco aire nocturno hacía temblar los visillos y cortinas. Sintió un repentino escalofrío, y miró con terror la sombra alada que penetraba por su hueco.

Era un murciélago. Apenas alcanzó el borde de su cama, se dilató, hasta formar la negra sombra de una persona alta, delgada y espectral. Quiso gritar, y la voz no salió de su garganta. Con ojos dilatados, contempló el ser de rostro flaco y lívido que se inclinaba sobre ella, sonriente. Esa sonrisa revelaba la existencia de unos largos incisivos brillando entre su dentadura.

La mano marfileña del fantástico ser se aferró a su camisón y lo rasgó. Los generosos pechos de la doncella, jóvenes, vibrantes y duros, emergieron desnudos ante la mirada maligna del Maestro. Este se inclinó sobre ellos. Mordió la carne morena tersa. Comenzó a succionar. La sangre corrió por los promontorios carnosos, y goteó desde los pezones hasta el embozo de la cama. La muchacha entornó sus ojos, convertido su terror en un extraño y gélido placer que helaba sus venas. La boca del vampiro emitía un gorgoteo siniestro al engullir la sangre joven y vital.

Cayó Nelly en el lecho, con la incisión sangrante bien visible en su cuello y seno. La voz fría del vampiro la ordenó:

—Levántate. Quita las ristras de ajos y las ramas de muérdago de las puertas y ventanas desde aquí hasta el dormitorio de tu señora, Irish Warren. No hagas ruido. Que nadie se entere. Arroja luego todo eso a la basura. No dejes uno solo en el camino, recuerda. ¿Vas a obedecer a tu amo y señor?

Nelly asintió, como hipnotizada, con los ojos muy abiertos, pero desprovista de toda voluntad. Se incorporó, sin importarle caminar semidesnuda. Descalza, avanzó hacia la salida de su dormitorio.

Vrolok esperó allí, inmóvil, impasible.

Minutos más tarde, el vampiro respiró hondo. Su sensibilidad maligna captó la ausencia de cuerpos dañinos para él en el camino. El paso estaba franco. Fue hacia el dormitorio de Irish. Y llegó a él sin problemas. Nelly, hecha un fantasma rígido, esperaba órdenes.

—Vuelve al lecho —ordenó en un susurro el barón—. Olvida al despertar todo lo sucedido.

La doncella se ausentó, caminando como si fuese sonámbula. Vrolok se acercó a Irish, que dormía apaciblemente, ajena a la ausencia de ajos y muérdago en su estancia. Se inclinó sobre ella. Los párpados de la muchacha se movieron débilmente.

Vrolok hizo unos pases con sus manos blancas sobre la cabeza de la durmiente. Los párpados se inmovilizaron. Irish se sumió en un profundo sueño. Con satánica sonrisa. Vrolok tomó en sus bracos el cuerpo inerte de la joven.

—Ahora te toca a ti, bella muchacha —dijo—. Después será el turno de tu padre, cuando haya sufrido lo suficiente al verte convertida en mi sierva absoluta…

Rió huecamente y caminó hacia la salida. En sus brazos, Irish parecía una delicada muñeca indefensa, a merced de un monstruo de maldad infinita.

* * *

La negra sombra emergió junto a la verja oxidada del viejo cementerio eslavo. A su alrededor, el silencio era absoluto, y las calles aparecían solitarias en toda su extensión, bajo las luces del alumbrado público. El populoso barrio dormía, a la espera de un nuevo día de duro trabajo a cambio de un miserable salario.

El ser envolvía en su amplia capa negra la figura frágil de su cautiva. Salvó la verja con facilidad, como un enorme pájaro negro, llevando consigo a la muchacha. Cruzó por entre Cipreses y lápidas rotas, camino del cobertizo del sepulturero, para penetrar en su escondrijo con tan preciado rehén. Los ojos relampagueaban de placer ante la victoria obtenida sobre sus odiados enemigos. El dolor del doctor Warren por la pérdida de su hija, sería el mayor de los placeres para el barón Vrolok.

Penetró en el refugio, soltando una carcajada de supremo placer ante su retorno triunfante. Cuando abrió la puerta del fondo para bajar al sótano donde Dukas le volviera a la vida, le esperaba una terrible sorpresa.

—Bien venido a tu nueva madriguera, barón Vrolok —saludó una voz dura, joven y enérgica.

Un rugido de suprema cólera escapó de labios de Vrolok, que retrocedió, ante la presencia de aquel hombre alto, joven y vigoroso, en cuya mano derecha centelleaba una cruz de metal plateado. Emitió un berrido de rabia y de dolor, sintiendo cómo el resplandor del crucifijo quemaba su piel helada.

—¡No! —bramó—. ¡Aparta de mí eso, apártalo o te pesará, maldito seas!

—No, barón. No lo apartaré —sostuvo Ray, avanzando hacia el monstruo que retrocedía, tambaleante, aunque sin soltar a Irish—. Es lo que tú quisieras, para hacerte dueño de la situación… No esperes ayuda de tus vampirizados. Ellos me atacaron y hasta me hirieron. Estuvieron a punto de someterme y vampirizarme, pero por fortuna no llegué a perder el conocimiento. Pude golpear a la niña con mi linterna, recuperar la cruz… Pero también llevaba ajos en mis bolsillos, ¿comprendes? ¡Ajos!

Y riendo. Ray Mansfield hundió su otra mano en un bolsillo de su abrigo y dejó caer ante si, a tierra, dos cabezas de ajo que hicieron rugir de rabia a Vrolok, Cada vez más acosado.

—Se quedaron abajo, detenidos por esos ajos que les impiden venir en tu ayuda, barón Vrolok. Ahora, suelta a esa mujer. Suéltala, pronto, o te destruiré con esta cruz…

Los brazos de Vrolok soltaron a la joven, que cayó inerte junto a un féretro roto y un montón de huesos descarnados. La mirada maligna y enrojecida del vampiro se clavaba en aquella cruz que parecía encogerse por momentos.

—Maldito entrometido… —susurró—. Me vengaré en ti también. Todos saben lo que significa mi venganza. ¡Volveré, volveré para destruirte a ti y a todos los tuyos! ¡Nadie puede vencer jamás al barón Vrolok, el Maestro, el Señor de las Tinieblas!

—Te vencieron una vez. Y ahora, si alguien acabase contigo, no existiría ya un Dukas para volverte a la vida —le recordó Ray—. Al vampirizarle esta noche, has terminado con el único ser viviente que podía utilizar sus recursos de ciencia y ocultismo para revivirte. Convertido en vampiro, su cerebro ya de nada te sirve… Debiste pensar en eso cuando te ensañaste en él…

—¡Esta vez nadie me alcanzará! ¡Me marcho, me alejo de ti forzadamente, pero sabes que regresaré para destruiros sin piedad! —prometió con terrible énfasis el monstruo de ultratumba.

Y súbitamente, con un alarido donde se mezclaba la más inhumana furia y la cólera más diabólica, su cuerpo alto, flaco y espectral, se metamorfoseó de nuevo en un gran murciélago que, rápidamente, remontó el vuelo, apartándose de la aborrecida cruz y de los odiados ajos, para volar sobre el camposanto, planeando por encima de las viejas lápidas, introduciéndose entre los altos troncos de

los estremecidos Cipreses, para alcanzar la salida definitiva, la evasión de aquel lugar.

—Maldito seas... —se quejó Ray, tomando a la muchacha en sus brazos ahora, y corriendo fuera del cobertizo, en un vano empeño de alcanzar al ave negra y siniestra que se alejaba de el—. ¡Tengo que alcanzarte! ¡Tengo que destruirte de una vez por todas, o harás realidad tu promesa y volverás para aniquilarnos!

Corrió desesperadamente a través del viejo cementerio, sin poder dar alcance en modo alguno al terrorífico quiróptero, cada vez más lejano.

Cuando las alas del murciélago batieron sobre la verja oxidada del cementerio eslavo, él se hallaba aún demasiado lejos, cargado con Irish en brazos, contemplando impotente cómo el gran enemigo, el ser diabólico que no podía morir, se alejaba, se perdía definitivamente en la noche, hasta que un día volviera para cumplir su terrible amenaza.

—Dios mío, y que nada ni nadie pueda impedirlo... —masculló Ray, lleno de ira ante su impotencia—. Dios mío, ¿es que no existirá un milagro capaz de abatir a ese monstruo de una vez por todas?

Su deseo parecía vano, porque el murciélago ya sobrevolaba la desierta calle de la Pequeña Eslovaquia.

Y en ese momento, el milagro reclamado patéticamente por Ray Mansfield, ocurrió.

Junto a la verja, se irguió una figura humana. Ray pudo reconocer al doctor Warren. Pero el padre de Irish tampoco parecía estar lo bastante próximo al murciélago humano, como para poder intentar siquiera darle alcance.

Sin embargo, algo aparecía en su mano al incorporarse. Algo que le resultó familiar a Ray. Algo que, hasta entonces, juzgaba inofensivo y carente de todo posible valor para enfrentarse a un poder de las tinieblas tan devastador...

El doctor Warren enarboló aquel objeto y lo disparó con fuerza tremenda contra el mamífero alado, poniendo sin duda en aquel esfuerzo todo el poder y la voluntad de que podía ser capaz un ser humano.

El objeto cruzó el aire como una centella. Alcanzó en pleno vuelo al murciélago, lo ensartó de lado a lado. El ave lanzó un chillido impresionante, que se transformó en un espantoso alarido de agonía proferido por una garganta humana.

¡El murciélago, en pleno vuelo, descendió violentamente, mientras se transformaba por el camino en una larga figura enlutada, de lívida faz y ojos sanguinolentos! Al golpear el suelo con sordo impacto, el cuerpo se estremecía en convulsiones.

Ray corrió a reunirse con el doctor, salvó la verja, llevando consigo a Irish. Ella comenzó a quejarse lastimeramente en sus brazos.

El doctor Warren contemplaba, rígido y solemne, lo que estaba sucediendo en plena calle.

El murciélago, transformado ya en barón Vrolok, comenzaba a sufrir una nueva y espantosa metamorfosis, a la que Ray asistía con incredulidad, sin poder dar total crédito a lo que sus ojos contemplaban.

Lentamente, el cuerpo de Vrolok se retorcía, mientras el arma arrojada por el doctor Warren asomaba de su pecho, tras perforar de lado a lado el cuerpo, justo a la altura de su corazón. Por el boquete, sangre abundante burbujeaba, brotando violentamente.

Después… el cuerpo comenzó a oscurecerse, a arrugarse, a quebrarse en pedazos, que terminaron por ser simples cenizas dentro de un traje negro hecho jirones polvorientos.

Por segunda vez en el período de seis años, el doctor Warren había exterminado al vampiro. Y esta vez, la estaca de madera había sido una simple espada infantil hecha con una tabla puntiaguda y una empuñadura de madera claveteada…

Aquella espada ingenua, abandonada por un niño esa misma tarde junto a la verja del cementerio, había sido suficiente para acabar con el más siniestro y pavoroso de los poderes de las Tinieblas.

—No había estaca en esta ocasión, Ray —musitó el doctor—. Pero si una madera punzante, y además en forma de cruz… Todo dependía de que acertase o no al disparar contra el…

—Y acertó —Ray abrazó a la muchacha, que se despertaba en ese momento, mirando con asombro en torno suyo, al verse en plena calle, de noche, y en ropa de dormir—. Irish, cariño… Te explicaré luego lo sucedido. Ahora supongo que toda la obra maléfica de Vrolok deja de existir…

—Así es —afirmó Warren—. Encontré vacía la alcoba de mi hija, vi que había quitado ajos y muérdago. Busqué a Nelly. La encontré vampirizada, con la señal de la mordedura y entendí… Imaginé que aquí encontraría su rastro, como así fue. Veo que ambos tuvimos la misma idea, Ray.

—Pero fue usted quien acabó con él —señaló la ceniza que flotaba sobre el asfalto, movida por la brisa.

—Después de todo, siempre pensé que serla un buen cazador de vampiros —sonrió tristemente el doctor—. Lástima que sea demasiado tarde para Earl Van Dyke, y para otros como él…

—Si. Supongo que también para Dukas, para Kira, para los Iozesku… aunque no para su doncella Nelly ni para los Kovac…

—Así es. Quienes no fueron totalmente vampirizados, salvarán sus vidas y se borrará de ellos el estigma. En cuanto a él… —señaló a las cenizas—. En esta ocasión conviene terminar de una vez por todas con la posibilidad de un regreso… Arrojaremos esas cenizas al viento,

dispersas para siempre. Eso es algo que ni él puede ya arreglar jamás. *Y* la obra ha comenzado, al parecer…

Así era. El aire se había vuelto ventoso repentinamente, sin explicación lógica para tal fenómeno. Los Cipreses temblaron con fuerza a sus espaldas. Las cenizas, dispersas por esa ráfaga imprevista, se dispersaron totalmente. Irish se apretó contra Ray Mansfield. El doctor Warren miró a las alturas, por encima de las copas afiladas de los estremecidos Cipreses del viejo cementerio eslavo.

—Después de todo. Dios sigue siendo el más fuerte aún… —murmuró con fervor.

FIN

PUNTO ROJO

intriga...

ROJO

PUNTO ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España

Notas

[←1]

Bram Stocker, autor de *Drácula,* publicado en 1897. El famoso autor irlandés dio el nombre de Drácula a su inmortal personaje —inmortal literariamente hablando, aparte su condición de vampiro o *no muerto—,* basándose en el nombre atribuido al famoso emperador Vlad, el Empalador, a quien la gente denominaba «Drakule» (Diablo), por su sanguinario y feroz comporta miento con sus enemigos. Aquí, el autor presenta la posibilidad de que el famoso Conde tuviera otro nombre distinto al que le diera Stocker… y que tampoco fuese conde, sino barón. Pero el paralelismo del personaje resultar obvio. (N del A.)

[←2]

Alusión a un personaje de la novela *Drácula*, el doctor Van Helsing. auténtico enemigo número uno del vampiro, y «cazador de los vampirizados por el siniestro conde. (N del A.)